

EL VIRUS DE ALTURA

**(SOBRE ESCRITOS E IDEAS DE LAURA
RODRIGUEZ)**

Juan Chambeaux S.

INDICE

Prólogo.....	4
PRIMERA PARTE	
CAPITULO UNO	
Una extraña sensación.....	7
CAPITULO DOS	
El llamado esclarecedor.....	8
CAPITULO TRES	
Laura Rodríguez: Lala.....	10
CAPITULO CUATRO	
Qué fue sucediendo con Lala.....	12
CAPITULO CINCO	
¿Lala qué es el virus de altura ?.....	14
CAPITULO SEIS	
Los escritos de Lala.....	16
CAPITULO SIETE	
Vías de contagio del virus de altura.....	18
CAPITULO OCHO	
Cambios externos y modificaciones internas.....	20
CAPITULO NUEVE	
Distorsión de la realidad.....	22
SEGUNDA PARTE	
CAPITULO DIEZ	
Características sicosomáticas del virus de altura.....	25
CAPITULO ONCE	
Características de comportamiento.....	26
CAPITULO DOCE	
¿ Cómo se contrae?.....	28
CAPITULO TRECE	
Yo, me, mi, a mí.....	30
CAPITULO CA TORCE	
La reinterpretación.....	32
CAPITULO QUINCE	
El polftico.....	34
CAPITULO DIECISEIS	
Virus de altura con poder: mezcla explosiva.....	37
CAPITULO DIECISIETE	
Cuando se da las espaldas al pueblo.....	39
CAPITULO DIECIOCHO	
El portero.....	41
CAPITULO DIECINUEVE	
El mozo de restaurant.....	43

CAPITULO VEINTE	
El padre.....	44
CAPITULO VEINTIUNO	
La humildad.....	46
CAPITULO VEINTIDOS	
Teofrasto.....	48
CAPITULO VEINTITRES	
La vanidad.....	49
CAPITULO VEINTICUATRO	
Antídotos.....	51
EPÍLOGO.....	54
APÉNDICE.....	56

PROLOGO

Con este libro, "El Virus de Altura", la Fundación Laura Rodríguez da inicio a su línea editorial. No podríamos dar comienzo a una secuencia de publicaciones con una producción literaria distinta de aquella capaz de develar el emplazamiento interno, la actitud básica hacia sí misma y hacia las demás personas con la que esta mujer tan llena de coraje imprimiera un nuevo estilo a la política.

No se debió solamente a que Laura Rodríguez fuera la parlamentaria más joven del primer Congreso posterior a la dictadura, ni a que fuera una de las pocas mujeres que lo conformaron, ni a la encendida polémica que desataron algunos de sus proyectos ley, ni al hecho de que fuera Presidente de su partido -la Alianza Humanista Verde-, ni a que fue proclamada pre-candidata a la Presidencia de la República rompiendo así el mito de que en Chile postulan a ese cargo únicamente los hombres, a ninguno de estos motivos en particular se debe su importancia. Si Laura Rodríguez marcó los primeros años de nuestra renaciente democracia fue más que por su trayectoria, por su estilo directo, franco y valiente de hacer política. Por su emplazamiento de paridad con la gente, con las personas más humildes, con los más discriminados. Ese estilo que, reconociendo lo humano del otro, la dispuso a escuchar de verdad, recogiendo el clamor de la gente y levantando con su voz -en el Congreso- las demandas más sentidas de los que no tienen voz.

Desde estos escritos Laura vuelve a hacerse oír, evidenciándonos algunas claves y señalándonos elementos que están a la base del creciente descrédito actual de lo político.

Es ella la que nos remece desde la trama que teje Juan Chambeaux a partir de los borradores que le dejara. Es la Diputada, pero también la amiga de Juan la que se expresa con una complicidad que supera la barrera de la finitud, salta por sobre el foso de la muerte y nos ofrece hoy, con ese lenguaje simple y accesible que expresamente ella solicitara, uno de los temas existenciales de mayor actualidad.

El reconocimiento de este virus surge de la atención puesta sobre las propias vivencias, de la comprensión que nos brinda la íntima y estructurada relación de nuestro mundo interior con el mundo externo. Al operar en lo social nos vemos enfrentados a las situaciones más diversas, de las cuales podemos ir rescatando siempre una enseñanza acerca de nosotros mismos y los demás. Si nuestra intención, como fuera la de Laura, establece una dinámica de transformación de la realidad precipitando cambios y traducéndose en acciones compartidas con muchos otros, a favor de una profunda humanización de la vida personal y social, entonces resulta indispensable que los modos de transformación utilizados sean coherentes, conducentes al fin al que se aspira.

Las vivencias cotidianas, las notas sueltas de conversaciones entre parlamentarios, van transformándose en esbozos de escritos, apuntes más extensos y finalmente en el proyecto de un libro que busca hacer manifiesto el proceso interno que acompaña al quehacer público, para ser comprendido por los reales interlocutores de la Diputada -las mujeres, los pobladores, los jóvenes que la eligieron- dado que el virus puede infectar a cualquiera, en particular a quienes alcanzan alguna instancia de poder.

Pocos meses antes de su partida, anuncia a los cuatro vientos que este libro va a publicarse y encomienda a Juan Chambeaux realizar por ella los pasos finales. En esta labor han confluído el apoyo oportuno de la Embajada de Holanda, la creatividad de Samy Benmayor y la mística con que un vasto equipo de personas ha concluido esta tarea. En nombre de la Fundación Laura Rodríguez les agradezco del mismo modo en que nuestra amiga lo habría hecho: ¡con sentimientos de Paz, Fuerza y Alegría!

Pía Figueroa E.

PRIMERA PARTE

...”Toda una enfermedad ese virus.

- Toda una enfermedad. Y los síntomas principales son la falta de humildad para aprender, es decir, creer que uno se las sabe todas. Por ejemplo, es difícil que un ministro o un parlamentario aprendan de la gente”.¹

¹ Entrevista a Laura Rodríguez en revista Apsi N°413, del 10 al 23 de febrero de 1992: “Yo no soy mis presas”.

CAPITULO UNO

Una extraña sensación

Un año atrás di una charla acerca de un tema que consideraba de mi dominio. La sala que no era grande, estaba repleta. Desde mi asiento, sobre una tarima en la que veía por encima de las cabezas de los concurrentes, observé incluso algunas personas de pie. Quien me introducía dijo algunas palabras elogiosas y, a pesar de que siempre comienzan así esas reuniones, me sentí muy bien con los adjetivos que adornaban mi escasa labor. El introductor, luego de terminar con la presentación me pasó el micrófono.

Debo reconocer que él era muy astuto y consiguió que no volara una mosca. La gente, expectante por qué diría este sujeto con tantos atributos.

Saludé, más bien probando que los parlantes tuvieran la calidad y sonoridad suficientes para que mis palabras llegaran a cada oído, que cada ojo no se despegara de mi figura, y la atención de todos quedara atrapada por mi discurso. Ni recuerdo como empecé y poco me importaba, porque, más que transmitir bien un mensaje o de establecer una buena comunicación con el auditorium, me interesaba que me recibieran como un entendido en la materia, se dieran bien pronto cuenta de que, aunque algo supieran, yo era quien tenía la varita del conocimiento ya mí nadie me llegaba ni a los talones.

“Mal que mal, pensaba, por algo vinieron a verme”.

Así, en poco rato era dueño del pequeño cilindro metálico, lo había sacado de su pedestal y lo usaba como un cantante rock.

Lo único que me faltaba era tirarlo por el aire para luego recogerlo. Había ido subiendo el tono de la voz. Vociferaba sin ser necesario con esos parlantes que transmitían hasta mi más mínima expiración. La sala ahora se me hacía pequeña. Gesticulaba con mis brazos y me desplazaba por el escenario con comodidad. Mi respiración era amplia, llenaba mis pulmones, el pecho se me ensanchaba y se expandía rítmicamente. Casi demasiado porque con tanta ventilación me venían unos débiles mareos que contrarrestaba con mayor vehemencia en mis palabras.

Un señor levantó su mano para hacer una acotación. Encontré aquello de una impertinencia increíble porque, sin haber terminado de dar las explicaciones que introducían al tema, me interrumpía sin ningún derecho. Continué, pasando por alto aquel dedo solitario que se erguía estoico por encima de las cabezas. Como el desatinado continuaba en su actitud, me detuve, le increpé duramente con voz airada y estruendosa.

El hombre pareció empequeñecer, y con él todo el auditorio. La sala, de chica se transformó en minúscula y llegué a pensar que aquellos oídos atentos, esos ojos fijos en mi persona no eran de suficiente valor como para que apreciaran mis palabras.

No sé, lector, si te ha sucedido alguna vez tomarte una fotografía mental. Es como si de pronto te miraras desde más atrás. Como si desde la altura de tu nuca hubieras instalado un ojo que te observa verificando justo lo que en ese momento estás haciendo, sintiendo, pensando. Aquello me sucedió por un segundo. Casi fui capaz de ver mi prepotencia. Observé mi monstruosa transformación y dije:

“Algo raro me está pasando”.

CAPITULO DOS

El llamado esclarecedor

Laura Rodríguez Riccomini, la más joven diputada de la República de Chile me llamó a fines de Mayo del año 1992.

- Juan, estoy escribiendo un libro y quiero que me ayudes con la redacción. Vente a casa.

Había caído recién la noche. Unas distantes estrellas afirmaban que por unas horas el smog santiaguino retrocedería hasta la mañana siguiente. El frío se colaba por mi abrigo. Presione el ding-dong oscuro y espaciado del timbre. Por el citófono una voz me dijo que entrara; con un chasquido la puerta se entreabrió. El pasto del antejardín estaba iluminado por faroles de tenue luz. Era un escenario casi teatral. El verde de la vegetación y por encima el cielo negro. Apareció un enorme perro lanudo, que con sus patas en mi pecho, insistió en ponerme horizontal. Una voz piadosa gritó desde dentro:

- No tengas miedo, no hace nada.

Yo sin poder creerle, pero con muchas ganas de hacerlo, me deslicé con pasos cortos, cerrando los ojos como si con ese acto mágico el can pudiera desaparecer.

La casa es espaciosa, funcional, aunque sea un término que ya significa tan poco. Siempre la he visto con mucha gente. Personas que entran y salen. Varios grupos al mismo tiempo reunidos en distintas partes. Un computador encendido y la impresora tirando papel.

Esa noche estaba solitaria. En silencio.

Me atendió una señora. Dijo que esperara y me hizo pasar a un estudio a la izquierda de la entrada. Me entretuve hojeando unas revistas donde aparecía Laura haciendo declaraciones sobre la dignidad parlamentaria.

- Suba, está en el dormitorio.

Una enfermera bajaba con unos remedios mientras yo saltaba de dos en dos los peldaños. Cuando llegué, el dormitorio se me abrió entero, de súbito, porque no hay puerta, sino que la escala irrumpe en medio de él. A un costado, una cama matrimonial con un cubrecamas blanco.

Laura estaba tendida reposando. Su calvicie poblada de débiles vellos le daba a su mirada un aspecto de mansedumbre y una extraña belleza. Así lo había reconocido en una entrevista. Ese mes el cáncer estaba muy avanzado y ya se sabía que era mortal. En diciembre anterior la operaron del cerebro y, a pesar de los esfuerzos, no había rendido los frutos esperados.

Salió rápidamente del estado de sopor que le traía el descanso y propuso de inmediato el tema de conversación.

- Tengo el título: El Virus de Altura, sé de que se trata y ya hice apuntes. Son pocas hojas pero ahí está lo medular.

- ¿Virus de Altura?

- Es lo que le sucede a toda la gente que llega al poder. Yo lo veo más con los políticos, en el Parlamento, pero suele pasarle a todo el mundo que tiene un pedacito de poder. Es como un virus porque uno se contagia y todo, hay una sintomatología, el que lo padece se siente de una cierta manera, adopta hasta posturas corporales especiales, anda más paradito, mira a todos en menos. Si hay síntomas y contagio, también hay antídotos.

Aunque algo de estas ideas había leído en las últimas entrevistas de Laura, no me imaginaba que ella hubiera desarrollado el tema como parecía en ese momento.

Para tratar de entender, ya que de alguna manera había reseñado una lejana similitud mientras escuchaba, le dije:

- Mira, tendrá que ver con algo que me pasó hace algún tiempo mientras daba una charla. Le relaté el suceso aquel con el señor que trató de interrumpirme.

Abrió sus ojos. Entre seria y di vertida me dijo:

- Oye, tienes un virus de altura galopante.

CAPITULO TRES

Laura Rodríguez: Lala

Una calurosa tarde de febrero de 1976 estaba jugando tenis con Dario. Aquella cancha está entre inmensos álamos y se ven a lo lejos caballos con jinetes de todos colores, chaquetillas cortas y gorros con viseras, paseando o aprontando carreras por la pista café, cuya elipse se pierde a la distancia. Los edificios tradicionales casi no se ven desde esa perspectiva.

Es el tenis del Club Hípico.

La pelota iba y venía describiendo los lentos arcos de principiantes. Unos silenciosos ojos grandes seguían la jugada. Quieta, en un borde, casi desapareciendo, Lala. Había acompañado a Dario, con quien se casaría en Mayo de 1978. Era callada y me divertía la forma en que pronunciaba las erres, un poco arrastradas, cortas.

Sus opiniones eran escasas pero claras.

En aquella época estudiaba Ingeniería en la Universidad de Chile, después de haber pasado unos pocos días en Arquitectura. Contaba que esta carrera no le gustó porque tenían poco que ver con las matemáticas, su verdadera pasión.

Yo era muy amigo de Dario ya través de él se fue estrechando un conocimiento mutuo. En Septiembre de 1979, en vísperas de un viaje que hicieron, fuimos a Sierras de Bellavista, donde la familia de Dario tiene una casa. Es lugar del pasado de ellos. Incluso, me parece, que se conocieron un verano allá mismo.

Bellavista, es un lugar enclavado en la cordillera al interior de San Fernando, a donde se llega por serpenteantes caminos de tierra y profundas quebradas. Es un sitio hermoso, de cielos limpios, altos y añosos árboles, un lago de aguas cristalinas y gélidas en esa época del año. El deshielo se produce cerca. En un lugar así se pasea, se con versa, se habla de futuro y se cambia el mundo. ¿Quién de nosotros iba a pensar que en aquella época, esa chiquilla iba a ser diputada? ¿Quién se atrevía siquiera en esos duros tiempos, asegurar que volverían a existir los diputados? Pero, más que los títulos, ¿quién podría haber enumerado todo lo que Lala haría en el futuro?.

Uno de esos días fue muy particular. En veinticuatro horas tuvimos todas las estaciones. En la noche ya nos acostábamos cuando sentimos que el silencio se había multiplicado, y una especie de terciopelo se metía en nuestro oídos. Al mirar afuera nos dimos cuenta que la nieve caía silenciosa. Salimos disparados y estuvimos jugando con bolas de nieve hasta la madrugada. Por la mañana, un sol radiante evaporaba la humedad de los troncos y el lugar, los cerros, las calles embarradas, todavía estaban blancos. Pasado el medio día, el calor era insoportable. Recorríamos el lugar en mangas de camisa, mientras los copos de nieve escondidos en las sombras, resistían.

Algunos años después se creó La Comunidad para el Desarrollo Humano, donde Lala participó activamente y llegó a ser su presidenta.

Allí se iba perfilando la persona con vocación social, no precisamente extrovertida, pero conectada con la gente, con sus necesidades, buscando la solución conjunta a una sociedad en crisis. Los valores están cambiados, según expresó en tantas oportunidades. Aquello llegó, incluso, a provocarle serios problemas con sus colegas en el Congreso, quienes le criticaron su falta de "dignidad parlamentaria", a lo que ella respondía, "de qué dignidad me hablan, si aquí hemos sido elegidos por la gente y la única dignidad valedera es darle la cara contando lo que pasa". En ese momento ya le estaba dando vueltas al "Virus de Altura", y decía que ese tipo de críticas no hacían sino reforzar su determinación de estudiar y exponer lo que le pasa al que llega al poder.

Pero aquí ya estamos contando su labor como parlamentaria. Hablamos de un período de tiempo que va desde aquellos ojos silenciosos que siguen la curva lenta de una pelota amarilla en las canchas del Club Hípico, hasta la diputada más joven del Parlamento, que sube a las graderías de la sala de sesiones para defender a los familiares de los presos políticos, desalojados violentamente por la fuerza policial.

Eso sucedió el 5 de Noviembre de 1991. Cuando se desarrollaba la sesión correspondiente en la Cámara de Diputados, un grupo de familiares de los presos políticos ubicados en las tribunas desplegó un lienzo y prorrumpió en proclamas a favor de los detenidos, lo que llevó al presidente en ejercicio, Juan Antonio Coloma, pedir a carabineros que desalojara las tribunas. Aquello no fue hecho de manera suave, y los registros de televisión de la época muestran a personas obligadas por la fuerza a abandonar la sala, algunos, incluso, arrastrados por los pasillos. La prensa del día 6 dio cuenta amplia de los hechos, inéditos hasta ese momento desde la vuelta a la democracia.

“A la rastra sacaron a manifestantes”, decía La Tercera.

El Mercurio: “Familiares de Presos Políticos provocaron incidentes en la Cámara”.

La Nación tituló: “Ordenan desalojo en la Cámara de Diputados”.

La Época: “Incidentes en la Cámara”.

La violencia con que se hizo el desalojo, provocó que automáticamente Laura subiera a las tribunas a interponerse entre carabineros y los manifestantes.

“... Sin embargo, la diputada Laura Rodríguez hablaba en voz alta, diciendo que allí había habido actos de violencia en contra de familiares de presos políticos que justamente reclamaban justicia. Criticaba también a los diputados que estaban en el hemiciclo...” (La Tercera, miércoles 6 de noviembre).

“La diputada Laura Rodríguez, criticó la forma en que se desalojó a los manifestantes, señalando que responder en forma violenta a la violencia es ser cómplice de esa misma violencia.

“Añadió que si se produce este tipo de manifestaciones es por algo y es una realidad que en el país existen presos políticos y también es una realidad que se están muriendo de hambre. A mí me sorprende que después de esta manifestación volvamos a la sala como si nada hubiese pasado y hay gente que se está muriendo...”

“En declaraciones a periodistas, la parlamentaria ratificó su intención de renunciar a su cargo de representación popular. Muchas veces me han dado ganas de renunciar. Esta no es la primera. Me han dado ganas de renunciar cuando escucho los discursos demagógicos dentro de la sala, cuando a la gente no se la informa y cuando a la gente no se le abren puertas de participación.

“Criticó el comportamiento de la Mesa y de los parlamentarios, señalando que no ha sido adecuado. También señaló que no ha sido adecuado el comportamiento del Parlamento en relación al tema de los presos políticos, y ahora estamos viendo las consecuencias de este hecho, cuando se ha demorado el proyecto y no ha habido quórum, incluso por falta de gente de la Concertación para votarlo”. (El Mercurio 6 de Noviembre 1991).

A raíz de esto se le criticó duramente que atentaba contra la dignidad parlamentaria. En el programa “Archivo Reservado” del canal 4 el día 22 de Abril de 1992, la conductora Raquel Argandoña le preguntó:

- ¿Qué es para usted la dignidad parlamentaria?

- La dignidad parlamentaria (sonríe)... bueno, la dignidad parlamentaria es una cosa para mí y otra para los parlamentarios, parece. Porque a mí me han criticado muchos gestos, actitudes que he tenido en el Congreso, porque me han dicho que atentan contra la dignidad parlamentaria. Pero la verdad es que la dignidad parlamentaria se gana en la medida que uno representa a la gente y no por tener una actitud, no por tener una ropa talo cual, no porque use o no use zapatillas, sino en la medida que realmente represento a las personas, entonces soy más digno.

Sin duda, mucho había sucedido en Laura para llegar a la sesión del 5 de Noviembre.

CAPITULO CUATRO

Qué fue sucediendo con Lala

No puedo decir desde Lala qué fue sucediendo con ella a medida que su vida transcurría. Podría, desde afuera, como amigo y como persona que me iba enterando de lo que decía y hacía, contar su notable cambio en el tiempo.

Laura Fiora Rodríguez Riccomini nació en Santiago el 1° de abril de 1957. Hija de Livia Riccomini Cianelli, y Edgardo Rodríguez Paonelli, quien falleció cuando Laura tenía tres años. Laura estudió en la Scuola Italiana y una vez egresada, entró a la Universidad de Chile, primero a estudiar Arquitectura, donde permaneció quince días porque su pasión eran las matemáticas, y en esa carrera “apenas si se enseñaban”. Al año siguiente ingresó a Ingeniería donde, a pesar de descubrir un ambiente muy hostil, competitivo, contrario a lo que había imaginado.

En el verano de 1975, en las Sierras de Bellavista, conoció a Dario Ergas, con quien comenzó un pololeo que se transformó en matrimonio el 19 de mayo de 1978.

Mientras estudiaba Ingeniería, participó en la Comunidad para el Desarrollo Humano. Obviamente, se producían cambios en Lala y nacía su vocación de servicio. No solamente se preocupaba de sus personales necesidades sino que su interés se extendía a los semejantes, a través de los postulados de la no violencia activa y del trabajo para la transformación de la sociedad que La Comunidad llevaba adelante. Así, al final del año 1983 y comienzos de 1984, participó en la recolección de firmas que impulsó dicha organización para conseguir un “Tratado de Paz permanente entre Chile y Argentina”. Se obtuvieron 522.062 suscripciones. De la Secretaría de Asuntos Sociales de La Comunidad se formó el Partido Humanista, al que Laura adhirió inmediatamente como socia fundadora. La legalización del Partido Humanista se efectuó con 64.000 firmas, aunque sólo se exigía 33.550. Fue el primer partido de la oposición de aquel entonces que lo hizo.

En el año 1988 fue designada precandidata a la presidencia de la República, transformándose en la única mujer de la historia de Chile a quien se le ha entregado esa responsabilidad.

En enero de 1989, la eligieron vicepresidenta de la Internacional Humanista en Florencia, Italia. Aquel mismo año fue candidata a diputada por el distrito de Peñalolén y La Reina, bajo la idea fuerza: “PORQUE NO DA LO MISMO”, obteniendo el 28% de los votos, y siendo electa para el cargo.

Pero en 1985 se le había detectado cáncer a una mama. Debió operarse. Después se controló durante años a fin de prever un posible rebrote de la enfermedad. Un brazo se le hinchaba ostensiblemente. Pocos se daban cuenta de su mal porque para ella no constituía algo importante, total “el cuerpo es una prótesis”, como declaró en tantas entrevistas.

En marzo de 1990 asumió como diputada, y desde el comienzo se sintió su forma de ver la política y sobre todo de practicarla. La manera de representar a sus electores debía ser “de cara a la gente y de espaldas al Parlamento”, lo que no podía menos que sacar roncha entre sus pares.

Desde mucho tiempo ya era un volcán. Una pasión que se conectaba con todos, que aprendía nuevos lenguajes, que iba a foros en televisión sin antes haber sido entrevistada por nadie. Siempre intentando trabajar en equipo “estas cosas no son porque una es especial sino por la gente que está detrás; uno es la cara visible no más”.

En el Congreso se preocupó del área social (fue presidenta de la Comisión de Salud de la Cámara de Diputados), de la familia, de los discriminados. Presentó la ley de Responsabilidad Política, que busca

establecer la obligación de cumplir con las promesas hechas durante las campañas electorales. La ley de divorcio vincular, una solución legal a las separaciones matrimoniales existentes. La ley que protege a las trabajadoras de casa particular, reglamentando su convivencia y su trabajo. La ley de dietas parlamentarias, impulsando que los sueldos de los senadores y diputados no fueran más allá que los de Ministros de Estado. Con el tiempo, este tipo de planteo no podría sino alejarla de sus colegas. La acusaron, como señalé en el capítulo precedente, de no tener “dignidad parlamentaria”.

El Mercurio del 20 de julio de 1992 dice: “Todo esto, aseguran quienes la conocieron de cerca, lo logró gracias a su indiscutible inteligencia e impetuosa personalidad”. Y de este segundo atributo no le cupo duda a nadie, porque como dicen algunos de sus colegas parlamentarios “la Lala no dejó mono con cabeza en este país”.

Había cambiado a través de los años.

CAPITULO CINCO

¿Lala qué es el virus de altura?

- Lala, ¿qué es el virus de altura?.

Laura Rodríguez: Bueno, el virus de altura es algo que le sucede a mucha gente que está en cargos públicos, en cargos políticos o no políticos. También le pasa a los artistas a veces. El virus de altura es cuando la gente cree que ha llegado a cierto cargo por sus propias cualidades y no porque ha habido aporte de mucha gente. Entonces, en el fondo, lo que empieza a pasar es que se cree la muerte y olvida el trabajo y lo que ha habido detrás para llegar a ese cargo y se olvida de la gente, y al olvidarse comienza a tomar decisiones contra la gente. Eso es lo más lamentable.

“Cuando le sucede eso a los políticos es muy peligroso.”²

“Es decir, el virus de altura es lo que le pasa a la persona psicológicamente con el poder. y no sólo la sufren aquellos que tienen cargos públicos. Le pasa al que se compra un auto. Te aseguro que se siente con poder sobre los peatones”.

- Tu estás haciendo un libro sobre ese virus

L.R.: Sí, pero todavía no lo he terminado. Ahora estoy trabajando en los síntomas, los antídotos, las vías de contagio.

- Toda una enfermedad ese virus.

L.R.: Toda una enfermedad. y los síntomas principales son la falta de humildad para aprender, es decir, creer que uno se las sabe todas. Por ejemplo, es difícil que un ministro o un parlamentario aprenda de la gente.

“También está presente cuando se utiliza a las personas para las propias intenciones, cuando se comienza a cambiar los amigos por otros con más poder y cuando se distancia de la gente, como si estar cerca de ella los pudiera contaminar. Y creo que el único antídoto es recoger la voluntad de todos, aunque suene a slogan. Muchos que están en el poder no se dan cuenta que hay que hacer eso. Pasa que los parlamentarios que son separados están contra la ley de divorcio. Y eso aparte de ser un problema de responsabilidad política, es también esquizofrenia. O sea, uno tiene que empezar a pensar qué le pasa por la cabeza a la persona que cree que lo que hace es bueno para él, pero no para el resto de la sociedad.”³

- ¿Se arrepiente de haber dicho hace algunos meses que los parlamentarios sufrían de amnesia porque habían olvidado que fueron elegidos para representar a la gente?

L.R.: Para nada. Cuando dije eso lo mal interpretaron porque no fue una crítica personal, sino al sistema que opera y que genera la amnesia. Lo dije porque la gente que me asesora, que es la gente misma que está con problemas, tiene dificultad para acceder. La iniciativa popular no existe. Se va produciendo un distanciamiento de la gente y tu entorno empieza a ser otro y tus decisiones y valoraciones empiezan a cambiar. Hay cambios que afectan. El tener una oficina determinada, un auto de parlamentario, provoca cambios psicológicos, se quiera o no. Hay que estar muy atento. El no tener que hacer colas, el tener acceso a todo y ser tratado como alguien importante provoca su efecto.⁴

² Programa: "Archivo Reservado". Canal 4. Edición del 22 de abril de 1992.

³ APSI 413, de 110 a 123 de febrero de 1992. "Yo no soy mis presas".

⁴ Página Abierta. Quincena de 125 de noviembre a 18 de diciembre de 1991, "Hay que tirar un cable a tierra".

“El solo hecho de que el Congreso esté en Valparaíso aísla a los parlamentarios.

“Estos empiezan a sufrir una suerte de amnesia, se olvidan por qué se está allí, cómo fue que uno llegó a ese cargo. Se produce una transformación personal, se empieza a pensar que se llegó al Congreso sólo por atributos personales; se olvida todo el esfuerzo colectivo y de participación que lo hizo posible. Así, se empieza a tener una mirada hacia la gente de diferenciación, se crean distancias”.

- ¿Y esto está pasando en el Congreso a su juicio?

L.R.: Sí, es lo que yo llamo "El virus de altura", y se va produciendo el distanciamiento psicológico y entonces lo que la gente opina pasa a ser menos importante. Uno se empieza a relacionar con las cúpulas de las organizaciones que son el mínimo de la población y los problemas cotidianos se diluyen y van perdiendo importancia para el ámbito parlamentario".⁵

⁵ La Nación, lunes 6 de Enero de 1992. "Se ha perdido claridad, fuerza y mística.

CAPITULO SEIS

Los escritos de Lala⁶

Soy una de esas personas que considera que los verdaderos e importantes cambios que requiere nuestra sociedad no se darán gracias a la política, por la menos tal como la conocemos hoy. Pero también he creído que la labor política, cualquiera sea la función, puede desarrollarse de un modo distinto, un modo que permita ir ayudando a orientar esos cambios en una dirección adecuada, en una dirección de real justicia hacia las grandes mayorías postergadas.

Así, con una convicción por delante y también con una esperanza, he asumido un cargo político, un cargo de representación. Y a medida que el tiempo pasa, a medida que más me involucre en los ámbitos políticos, a medida que conozco más de cerca a otros políticos, pero especialmente a medida que descubro mis propias transformaciones, con más fuerza que nunca creo en la imposibilidad de la política para lograr los anhelos humanos. y mi esperanza de hacer las cosas de otro modo se ha ido tiñendo de todo tipo de dificultades.

Hoy se reconoce el fracaso de la política como orientadora de los fenómenos sociales, pero la política no es un ente superior que tiene vida propia, es el conjunto de intenciones humanas en las ciénagas del poder. Por tanto, el fracaso de la política es el fracaso de hombres y mujeres que han sido corruptos por el poder o han debido corromperse para alcanzar una mísera e ilusoria cuota de poder.

He podido comprobar una y otra vez cómo las personas frente al poder se transforman. Siempre este cambio se me hace más evidente al ver a otros, sobre todo a quienes nunca antes han disfrutado del poder, pero también he notado cambios en mí misma que me han aterrado. Del mismo modo en que a veces me veo actuando con mi hijo tal como lo hacía mi madre conmigo y yo juré nunca hacerlo, hoy reconozco en mis cambios elementos de todos aquellos personajes políticos que siempre aborrecí por disfrutar de privilegios que los distanciaban de los pueblos.

Quien ya no tiene problemas de estacionamiento, ni tiene necesidad de ir al supermercado, quien recibe trato especial en todo momento, no es la misma persona que cuando no contaba con todos estos privilegios. Los cambios externos producen modificaciones internas.

Entiendo también que resultaría absurdo que un ministro o parlamentario no llegara a tiempo a una reunión por estar atrapado en la fila de un supermercado o recorriendo las calles buscando estacionamiento. Los privilegios surgen de una lógica de la eficacia del cargo, pero esta línea de pensamiento nos ha llevado a excesos que solamente han permitido reforzar las creencias de dominio de los poderosos.

Reconozco que todo cargo político tiene una cuota importante de sacrificio y de postergación de temas personales por temas sociales o de grandes conjuntos. Pero según observo a diario a políticos que optan heroicamente por esta postergación, me veo obligada a cuestionarme yo misma, a preguntarme si no seré una más que simplemente se engaña y cuyo verdadero motor es la aspiración de éxito y prestigio personal para darle un poco de sentido a la propia existencia.

Este cambio de la personalidad que se produce con el poder es el llamado "virus de altura". Tiene las características de virus porque es esencialmente contagioso.

Su contagio acecha en las esferas de poder, en los caminos para alcanzarlo, en el contacto con poderosos. No solamente amenaza con su contagio en los ámbitos políticos, sino en cualquier actividad humana en donde se genere cierto grado de concentración de poder en alguna persona. Desde las situaciones más ingenuas en

⁶ Esto fue escrito por Laura unos seis meses antes de su muerte. De lo aquí expresado y los textos de los capítulos siguientes (seis, siete, ocho y nueve) se puede apreciar la importancia que daba al tema.

que alguien por primera vez posee un automóvil y se siente sumamente poderoso sobre los peatones, hasta aquellos gerentes de empresas que tan ingenuamente como los otros se sienten dominando el mundo en cada una de sus gestiones comerciales.

Los síntomas del "virus de altura" son de distinta especie. Por una parte se lo experimenta en el pecho como una suerte de escozor que da la sensación de amplitud y de dominio. Por otra parte se produce una amnesia brutal, convenciéndose que todos los logros que uno ha tenido han sido única y exclusivamente gracias a las propias aptitudes, olvidando el camino recorrido y cuantos colaboraron en él.

Es de altura porque la sensación generalizada es de estar por encima de todo, especialmente por sobre las pequeñeces cotidianas de los seres humanos vacilantes y sufrientes. Se está y se existe solamente para lo importante, para lo elevado, lo "divino". Se está en el Olimpo.

En este libro he intentado, en base a mi experiencia en política, describir cómo se produce, las vías de contagio del "virus de altura", sus síntomas ya la vez he tratado de dar a conocer algunos antídotos.

Este libro no es una crítica a ningún ser humano en particular, pero sí una voz de alerta para todos aquellos que nos reconocemos como parte del grupo de alto riesgo de contagio del "virus de altura" y también un mensaje para quienes ensueñan con contagiarse algún día.

CAPITULO SIETE

Vías de contagio del virus de altura⁷

Cambios externos y modificaciones internas

Recuerdo aquel día en que asumiera el Presidente de la República y fuimos los presidentes de partidos de la Concertación a saludarlo a La Moneda. Todos nos sorprendimos y maravillamos cuando la Guardia de Palacio se cuadró ante nosotros al momento de nuestro ingreso. Fue el hecho que más me impactó de todas las novedosas experiencias que viví en esos días. Se lo comenté a mis amigos y familiares. No sé bien qué fue lo que me llamó la atención de aquello, tal vez los 17 años de dictadura en que sentía a los policías mirándome como sospechosa y ahora era para ellos alguien respetable.

En menos de un año se ha producido en mí un cambio impresionante. Mis ingresos al Palacio de La Moneda son frecuentes, pero no puedo desconocer esa suerte de indignación que experimento cada vez que entro y algún guardia intenta detenerme. Afortunadamente, siempre aparece un oficial de mayor rango que me hace pasar, se disculpa una y otra vez y le explica al guardia quién soy. Entonces cruzo el Patio de los Naranjos con la frente en alto “Tal como corresponde”.

Aquello que en un momento me maravilló, ahora empiezo a exigirlo. He visto a muchos políticos tratando muy mal a los guardias de Palacio, a los más democráticos, a los renovados y he tenido que contenerme para no hacer causa común con ellos, con los políticos, pero internamente lo he hecho.

Una vez que como Concertación se asumió el gobierno y los cargos parlamentarios, se generaron nuevas jerarquías y, obviamente, nuevas relaciones entre todos aquellos que habíamos trabajado juntos por la conquista de la democracia.

Quienes nos encontrábamos a diario representando, simplemente, a una fuerza política que quería luchar también contra la dictadura, pasamos a ser ministros, subsecretarios, senadores, diputados, intendentes, alcaldes, asesores, etc..

El cambio fue fuerte y brusco. Llegaron los cargos, las responsabilidades, el desarrollo del proyecto. Un desafío fascinante. Junto a todo esto también llegaron las grandes oficinas, los vehículos nuevos, los choferes, las secretarías, los trajes, los sueldos, los viáticos, las ceremonias, el protocolo, el poder, la autoridad.

Pude Comprobar en los primeros encuentros con muchos de mis ex compañeros o compañeras de la Concertación que el contagio del “virus de altura” se había producido desde los primeros días en que habían empezado a cambiar las cosas.

Cuando asumí como parlamentaria, tenía un auto japonés de dos puertas. Durante un par de meses realicé todas mis actividades manejando yo misma mi auto. Iba y volvía del Congreso. Cuando habían sesiones muy largas me quedaba a dormir en Valparaíso con lo cual mis relaciones familiares se deterioraban. Los días en Santiago no me rendían, me la pasaba esquivando las micros y buscando estacionamiento. En el Congreso destinaba gran parte de mi tiempo a abrir correspondencia y a cargar y descargar mi auto de los documentos que necesitaba. Entonces descubrí lo eficiente que podía ser mi trabajo si tenía un chofer. Contraté a un amigo. De dos entrevistas en los ministerios pasé a tener hasta siete. Los días de sesión iba y volvía a Valparaíso. Nunca más supe de calles, ni de atochamientos, ni de estacionamientos, ni de esperas.

Con tanto viaje a Valparaíso, obviamente mi auto japonés empezó a fallar y la velocidad que alcanzaba,

⁷ Las "Vías de Contagio" serían el comienzo de la primera parte de su libro. La segunda, los "Síntomas" y la tercera "Antídotos".

también me hacía perder demasiado tiempo. Cuando los amigos del partido viajaban conmigo, entre porta documentos y carpetas estábamos realmente incómodos. Pero la sabiduría del parlamento ya había contemplado un interesante crédito, lo cual me permitió comprar un auto de cuatro puertas, station y con dirección hidráulica. Cada vez que me subo al viejo auto japonés me parece manejar una carreta. Por supuesto, siempre me senté en el asiento del acompañante. Ver un auto con chofer y alguien sentado atrás me recordaba esos carritos chinos en que un ser humano tira a otro ser humano.

Pero de pronto descubrí que abrir las carpetas, estudiar, escribir, leer los diarios, era más cómodo hacerlo estando sentada en el asiento de atrás. También era más relajado para cuando viajamos a grandes velocidades, o para dormir de noche al regreso de Valparaíso.

Todo resulta tan lógico.

Desde que yo manejaba mi auto japonés de dos puertas, hasta sentarme en el asiento de atrás del station de cuatro, he cambiado.

Cuando me sentaba al lado de Ricardo mientras él manejaba, le veía su rastro, me tensaba ante cada frenada, yo buscaba las noticias en la radio, conversábamos, discutíamos el camino a tomar, nos turnábamos la constestación del teléfono, nos ayudábamos con los papeles.

Hoy me siento atrás, de él sólo veo su nuca; es como una parte más del asiento, una pieza más del auto. No sé si hay tráfico y sólo tengo claro que debo llegar a cierta hora a hablar con alguien. No tengo idea por qué calle vamos. Él contesta el teléfono y ha aprendido a pasarme cada vez menos llamadas. Tengo que hacer un esfuerzo mayor para no ensimismarme en mis preocupaciones y estudios, para no olvidarme que junto a mí hay otro ser humano y ser capaz de preguntarle: ¿Qué tal las cosas con la Pati...?

Pero el mayor de los privilegios que me ha brindado mi cargo es la palabra "diputada" antes de mi nombre. Cuando inicié mi gestión parlamentaria y tenía que recurrir a algún lugar público, en los mesones de ingreso solían preguntarme cómo me llamaba y yo, obedientemente, respondía. Me pedían carné y prendían en mi solapa una tarjeta que decía "visita". Un día me encontré con otro parlamentario y al realizar este trámite me dice:

- Pasa nomás, tú eres parlamentaria.

El señor del mesón me devolvió el carné, me solicitó la tarjeta de visita y se disculpó una y otra vez, diciendo que éramos muchos los parlamentarios, que él era nuevo en el cargo, que para la próxima no me desconoce, etc. Desde ese día nunca más estuve en las salas de espera como todas las personas. Casi como un gesto mecánico, cuando me piden mi carné ya no paso el de identidad sino uno rojo con tapa de cuero de la Cámara de Diputados, de esos "rompe fila". Es tal la protección que me hace experimentar este documento, que cuando salgo de mi casa sin llevar cartera y ni siquiera dinero, lo único que pongo en mi bolsillo es el carné rojo. Es casi esquizofrénica la relación que he logrado con él. Cuando alguien me lo pide tiendo a indignarme, y si no me lo solicitan busco alguna artimaña para mostrarlo, por ejemplo cuando me han detenido por exceso de velocidad. De Laura Rodríguez pasé a ser "diputada" Laura Rodríguez, e internamente he reconocido cómo la percepción de mí misma es efectivamente la de "diputada". Tiendo a mirar la realidad desde este prisma y espero que así se me mire también.

Que se sepa que tengo mi carné rojo con tapa de cuero.

CAPITULO OCHO

Cambios externos y modificaciones internas

Como los individuos no somos seres aislados, las personas con las cuales nos relacionamos y los ámbitos sociales en que nos desarrollamos, nos ponen en una situación precisa desde la que pensamos, sentimos y actuamos. Y así como nuestros cambios afectan nuestro medio inmediato, también se produce el proceso a la inversa, es decir, cualquier cambio de situación va modificando nuestra forma de ver el mundo, de sentir y nuestra manera de actuar .

Los cambios externos se nos aparecen como situaciones difíciles, situaciones deseadas o simplemente, situaciones nuevas, y en cualquier caso requerimos de modificaciones conductuales si queremos irnos adaptando a las nuevas vivencias.

La primera vez que fuimos a una fiesta, o aquella vez que tuvimos que hablar en público, o cuando manejamos por primera vez, desde nuestros músculos hasta cada una de nuestras ideas, buscaron nuevas formas para lograr enfrentar las novedosas situaciones.

Algunas las aprendimos, otras no. En cualquier caso, aquello nuevo que nos ha tocado vivir, nos ha cambiado por dentro y por fuera.

Cuando esos cambios externos nos van generando situaciones de privilegio con respecto al resto de la población, ya no somos los mismos de antes.

Por una parte, al dejar de experimentar lo que vive la gran mayoría, nos vamos distanciando de la experiencia humana cotidiana. Lo que sentimos y lo que vivimos día a día es muy distinto a lo que viven las otras personas, sus tensiones, sus angustias y sus placeres cotidianos no tienen puntos de encuentro con los nuestros.

En segundo lugar, tal vez como una forma de adaptación, aquellos privilegios que se nos brindan, primero son una asombrosa novedad, luego comenzamos a disfrutarlos, y por último terminamos considerándolos normales.

La nueva situación de privilegio nos va exigiendo una conducta acorde con el trato, una conducta de privilegiado, una conducta de "autoridad", que otros la perciben como exigiendo dichos privilegios.

Este círculo nos atrapa en un nuevo rol. Nuestra mente comienza a confundirse ya no ser capaz de discernir entre lo necesario y lo deseado. Entre lo eficaz y lo placentero.

Las modificaciones conductuales son de distintas características, pero la más evidente es aquella en que nuestra energía, nuestros intereses y toda nuestra atención es atrapada con mayor frecuencia por quienes tienen mayores privilegios que nosotros mismos, y quienes tienen menos, solamente están allí para satisfacerlos.

Una vez que como Concertación se asumió el Gobierno y los cargos parlamentarios, se generaron nuevas jerarquías.

Pude comprobar en los primeros encuentros o "audiencias" con muchos de mis ex compañeros de la Concertación, que el contagio del virus de altura había comenzado desde los primeros días de asumidos los cargos. Y se iba transformando en epidemia.

En las amplias y alfombradas oficinas vi que a varios les cambió la gestic y la mirada. Fueron adquiriendo una actitud de distanciamiento emotivo, casi de no compromiso.

En los relucientes trajes también era evidente que su tonicidad muscular se modificaba. La forma de caminar, de sentarse, de pararse, de fumar o no.

Cada uno se leía a sí mismo, se pensaba, se revisaba se felicitaba.

También pude notar que ante mi, otros comenzaron a reaccionar distinto. Curiosamente, todo el mundo había apoyado mi campaña y me la hacían saber .

CAPITULO NUEVE

Distorsión de la realidad

-Este Congreso está cada día más represivo -me comentó Sara, mi Jefe de Gabinete, una vez que me acompañó a Valparaíso.

Efectivamente, con el tiempo las cosas han ido cambiando. Cuando paso por un pasillo las funcionarias se paran, me abren las puertas, hasta que me dirijo a otra y alguien la abre, etc.

Sin embargo, cada persona que me visita discute las trabas que hay para circular. Si tienen tarjeta de visita no pueden ir a la tribuna, si tienen tribuna no pueden ir al Senado. De la puerta a la bancada, de la bancada a las torres. Nunca yo he vivido lo que vive algún ciudadano común al llegar al Congreso. No conozco, no percibo, ni siquiera veo la represión, porque cuando las visitas circulan conmigo, también reciben un trato especial. Casi, casi, no le creo a Sara.

Desgraciadamente no puedo hacer nada. No existe la represión.

¿Cuál es la realidad?⁸

⁸ Con esta pregunta casi dramática en su experiencia acerca del "virus de altura", terminan los escritos de Laura Rodríguez. Lo dicho en prensa sumado a las conversaciones personales, más estos escritos y los esquemas, son suficientes para atestiguar de la existencia y peligrosidad de este virus.

SEGUNDA PARTE

"- ¡Ah! ¡Ah! ¡Un admirador me viene a visitar! gritó el vanidoso en cuanto divisó a lo lejos al Principito que se acercaba.

Para los vanidosos, los demás son sus admiradores.

- Buen día, lo saludó el Principito. Tenéis un gracioso sombrero.

- Es para saludar, le contestó el vanidoso. Es para saludar cuando se me aclama. Desgraciadamente, nadie para por aquí.

- ¿Ah, sí?, dijo el Principito, que nada comprendía.

- Golpea tus manos, una contra la otra, le aconsejó el vanidoso.

El Principito golpeó sus manos como le decía y el vanidoso saludaba con falsa modestia, quitándose el sombrero.

- ¿Qué significa admirar?

- Admirar significa reconocer que soy el hombre más bello, el mejor vestido, el más rico y el más inteligente del planeta.

- ¡Pero si estás solo en tu planeta!

- Hazme este favor, ¡admírame a pesar de todo!¹

¹ Antoine de Saint-Exupery: El Principito, Parte del Capítulo XI.

CAPITULO D IEZ

Características sicosomáticas del virus de altura

El sistema respiratorio se presenta alterado en quien sufre del virus de altura. Si bien la respiración tiende a ser más profunda, lo que provoca la ampliación de la capacidad de la caja torácica, también se suceden períodos de inspiración y expiración entrecortados, tensos, como si no se lograra oxigenar todos los alvéolos. Esto produce una extraña mezcla de ansiedad combinado con estados de satisfacción de sí mismo.

La respiración se altera cuando el paciente teme perder los privilegios que lo llevaron a contraer el mal, cuando alguien lo contradice o no hace lo que él solicitó en forma perentoria. Cuando se discuten sus ideas. Cuando hay una sombra de crítica.

Sucedido algo de lo anterior se cambia todo el sistema corporal. Se pueden observar fuertes enojos, depresiones vistosas, portazos, papeles volando, lapiceras, tizas, tazas o borradores, según lo que se tenga a mano.

Igual que el sistema respiratorio, el sistema nervioso presenta un cuadro contradictorio. Por una parte el relajo tiende a mover la musculatura hacia gestos amplios, a tensar el rostro en sonrisa envolvente, casi maternal, y por otra, la alteración produce insomnios, jaquecas hasta temblores de manos, principalmente cuando aparecen imágenes de caídas desde la situación expectante, aserruchadas de piso de otros posibles competidores, etc. Es el temor natural de quien está en las alturas aunque no sea más que por efecto de un virus.

Es notable lo que se produce en el sentido de la vista. Aunque quien padezca esta enfermedad sea de muy baja estatura, invariablemente percibe que los otros han disminuido de tamaño y además se han vuelto "poca cosa". Eso provoca un cambio de conducta con respecto a los que lo rodean por cuanto si ahora son menos, se les puede dedicar escaso tiempo y está permitido tratarlos como a cosas. Esto, por supuesto, en función del cargo que se ocupa, de los nuevos y supremos intereses. Hay que encauzar las energías hacia las alturas a donde desde ahora se pertenece.

Obviamente, las alteraciones físicas producen cambios de personalidad. O tal vez, al revés. Lo interesante es observar que a veces la transformación surge en 24 horas.

Usted no lo esperaba y de pronto es ascendido en su trabajo. ¿Cuánto se demora en tratar distinto a los que eran sus pares?, ¿en hablarles en forma condescendiente?, ¿en enseñarles cómo hacer bien el trabajo que usted sabía igual que ellos?

Me imagino lo que debe pasar con los ganadores de una elección. Esos son grupos de alto riesgo.

CAPITULO ONCE

Características de comportamiento

El virus de altura es un virus global. Ataca toda la personalidad. En el capítulo precedente se revisaron algunas alteraciones físicas. Así como un resfrío fuerte nos tira a la cama, el virus de altura lleva a quienes lo padecen a un fototropismo positivo. Si aparece una cámara fotográfica en acción (ojalá con un periodista detrás) o mejor una de televisión, quien lo padece se orienta de inmediato hacia allá, y, aunque su modestia le impide a parecer mirando de frente al foco maravilloso dador de energía vital, se preocupa de que la casualidad lo pille justo en medio del cuadro o de la página, bien peinado, sonriente, a veces serio y ceremonioso, como la situación lo requiera. Eso es: exactamente como la situación lo requiera.

Pasa lo mismo con el aplauso y la crítica. Cuando le aplauden después de haber hablado, o le reconocen en un lugar, o por un premio a raíz de cualquier cosa, de inmediato tras el rostro agradecido surge un veloz pensamiento: "Esto es lo que merezco". Si recibe una crítica negativa, aquel que la hizo es un estúpido, un ignorante, un mal nacido, y si es elogiosa el emisor se transforma en una persona simpática, inteligente, dominadora del tema en cuestión.

El virus afecta al comportamiento de quien lo padece y también a las creencias acerca de sí mismo y de los que lo rodean. Esto tiene mucho que ver con una característica particular y admirable de este virus, y es que ataca directamente a la memoria. Es frecuente que los infectados piensen que el ascenso se debe a características particulares de él, a sus bondades, a que es distinto, más trabajador, más inteligente, más perceptivo, único. La modestia, es de notar, hace que estas aseveraciones normalmente se reconozcan en silencio o solamente frente a sus colaboradores cercanos.

Es un virus casi computacional. Se borra la memoria en un acto. Desaparecen las RAM²

El llegó a tal puesto expectante por sus características particulares. No porque miles de votantes depositaron en él la confianza. No reconoce, por ejemplo, que esa votación se debió al trabajo de muchos que manejaron muy bien el aparato propagandístico en el partido mostrando sus mejores fotos, y consiguieron ángulos óptimos de un rostro normalmente cansado; transformaron hacia afuera su personalidad de ogro gruñón en un simpático vecino, confiable y amable.

O pasó a ser el jefe déspota de hoy porque se encargó de poner mal a otros. O no había donde elegir. O convidó a precisos personajes a los calculados asados.

No. Esto no se reconoce. Más bien se piensa que él se hizo desde abajo. Solito contra el mundo, desde chiquitito (porque siempre ha sido especial, sólo que no había sido reconocido). Entonces, cuando la situación de preeminencia se presenta y el virus ataca de súbito, piensa "al fin se me dio, al fin me reconocieron, ahora sí que se hace justicia conmigo".

Debe cuidar la imagen: ya no puede andar vestido de cualquier manera. Si no ha usado corbata, ahora la lleva de seda; la ropa debe ser de marca y que se note; él es (ha sido, pero hasta ahora no era necesario demostrarlo) una persona delicada "Que sabe de estas cosas" y de todo lo importante en este mundo. Los demás: "Pobrecitos, tan perdidos en pequeñeces". Y con la ropa, el peinado cuidadoso, los zapatos justos, el portadocumentos de cuero lustrado, el auto impecable, la señora, los hijos, el perro y el gato de punta en blanco porque son parte, extensiones, propiedad, prótesis de él. Todas sus pertenencias de acuerdo a lo que corresponde.

² RAM: Random Access Memory. Memoria de acceso aleatorio. En informática, este tipo de memoria se utiliza para almacenar el programa principal mientras éste es procesado.

Quien padece virus de altura se vacía y vacía a los otros. Su punto de vista cambia. Normalmente uno se mira desde un cierto adentro, desde una interioridad. Quien es atacado por este mal traslada esta mirada a lo externo y se observa desde afuera, desde la mirada de los demás. “Cómo me verá fulanito”. “Cómo apareceré en la tele”. “¿Qué dirá Totó?” “¿Los otros pensarán que es correcto lo que dije?” “¿Aparecí bonito?” “¿Cómo estoy?” “Dime que bien, por favor, dime que bien”.

El temor al ridículo se apodera de quien tiene virus. Se rigidiza. Estudia sus nuevos movimientos hasta que los aprende de memoria. Se prohíbe hacer (al menos en público) gestos que habían sido habituales.

Pero, así como se vacía de contenido a sí mismo, también lo hace con los demás que dejan de ser semejantes. En menos de veinticuatro horas uno puede contraer la enfermedad y manifestar todos los síntomas. De pronto el mundo se separa en dos, los que están por debajo (la altura hace que los de abajo sean muchos, casi todos) y los de arriba, los que están en la misma senda pero aún por encima.

Con los de abajo las actitudes varían a veces de un rato para otro. Estos pueden merecer conmiseración, desprecio, enojo, falta de interés. Se los trata a patadas o con un dejo de deferencia, siempre desde las alturas. O no se los trata, ni siquiera se los ve aunque estén a diez centímetros. Y es que la mirada exterior también vacía a éstos de contenidos. Los de abajo se transforman en muebles, en cosas que están delante para ser utilizadas. No tienen valor en sí. No son humanos. (En rigor, aunque quien tiene virus de altura diga que él es humano y los que lo rodean también, no sabe el significado del término; podría plantear, por ejemplo, que son humanos porque tienen dos brazos, dos piernas y caminan erguidos). La mejor actitud esperada por alguien que no está al nivel es un vago paternalismo, producto de una especie de lástima genérica porque no hay atención a la persona (“todos son iguales, tu sabes”).

Y siempre es una complicación juntarse con semejantes porque, como la mirada que se aplica es externa, piensa si será bien visto que se junte con talo cual, que mejor suena estar con Mengano y ojalá lo inviten a la fiesta de Sutano, siempre que todos se enteren.

El distanciamiento emotivo que se experimenta como un no compromiso, es digno de ser observado. Puede ser una persona atenta, sonriente o condescendiente, pero la distancia se palpa, se escucha a pesar de los saludos, se siente a pesar del abrazo o la mano tendida. Es como si el del virus estuviera “en su cosa” y su cosa fuera muy distinta a la del otro, tanto que no podría ser captada por nadie. El contagiado está en su Olimpo particular, con entrada exclusiva y rejas demasiado altas.

Para arriba la cosa no es fácil. Este que es jefe, siempre tiene un jefe encima, alguien que llegó más alto aún. Allí donde él quisiera estar aunque le faltara el aire, aunque se asfixiara de tanta altura. y frente a éstos de arriba, los que tienen virus son transparentes, o, más bien, se sienten transparentes, con posibilidad de ser mortalmente criticados, traspasados por un error que se les pudiera salir en forma imprevista.

Hace poco tiempo me junté con un amigo, joven ejecutivo de un banco. Rígido en sus movimientos, impecable en el vestir: con una fina camisa blanca de minúsculas rayas rojas y doradas, terno de caída impecable, zapatos de estilo.

- No vamos a poder almorzar, me dijo. Tengo que acompañar a don Matías a una junta.

Yo veía que se arreglaba el pelo mojándolo y echándoselo hacia abajo. Lo peinaba y lo peinaba, tratando que se quedara en esa posición, cosa imposible en una cabellera tan tupida y ondulada. Se veía ridículo con su cara gorda y el pelo aplastado.

- ¿Por qué haces eso, si te ves tan divertido?

- No te rías, me contestó muy serio. Es que él lo usa así

El mundo es un sandwich, con unos pocos por encima, pero muy importantes, y muchos por debajo. Al medio están ellos, los atacados por el virus de altura.

CAPITULO DOCE

¿Cómo se contrae?

Aunque es más fácil encontrar una aguja en un pajar que alguien verdaderamente inmune al virus de altura, hay situaciones más propensas a la enfermedad.

Es de notar que, aunque este virus se produce monitoreado por cambios externos, el contagiado siempre pensará que aquella transformación no le llegó de afuera sino que él, con sus excepcionales virtudes, la provocó. Entonces, se debería revisar cómo el virus que anda volando pilló a un desprevenido que se pone a inventar la pólvora.

Las circunstancias de preeminencia siempre lo multiplican y si son violentas, peor. De pronto aquel candidato sale electo. En las próximas horas tendrá un cambio importante, el virus se le meterá en los huesos.

- ¡Hombre! Triunfamos en el distrito -le dice un colaborador .

Imaginamos la sonrisa de oreja a oreja:

- Gané. Sabía que yo era el mejor. -Es la respuesta, contagiada.

Pero también un ascenso en el trabajo.

- Mire Pedro, creemos que usted hará bien de jefe.

El hombre sale de la oficina recién comunicado de su nueva destinación y mientras camina raudo por los pasillos, una risa instalada le deja a descubierto una horrible tapadura de oro, y encuentra que sus compañeros de trabajo lo tenían hartos, la secretaria era hasta ahí no más, no sería mala idea que lo empezaran a tratar de don Pedro. Sí, le queda claro: ya no podrá pasar a jugar pool los viernes por la tarde con los de la oficina. Ya propósito quedarán prohibidas las salidas antes de la hora.

También hay una predisposición a contraerlo.

Muchos que sueñan con estar en otra situación llegan a imaginar que no saludan a alguno. Hasta les parece positivo echarse encima problemas de grueso calibre con tal de atraer la mirada embobada de sus semejantes, sentir que desean su saludo, que aspiran a su amistad.

La imaginación da para mucho.

- ¿Qué le pasaría a los vecinos si nos sacáramos la Lotería?

- Yo no saludaría más a esos rotos. (Es frecuente que el virus se transmita rápidamente a otros miembros de la familia).

- Pero no vayas a meter la pata, no te pongas pesada, mira que le tenemos la cortadora de pasto, esa que Pedrito rompió a pedrazos. Además les debo tres mil pesos. Piensa que ni siquiera hemos jugado todavía.

Por otro lado están los compra-imágenes, seres grises que caminan cerca de las paredes, en las sombras, mendigando una sonrisa, un saludo, una venia. Deambulan en torno a los contagiados, tragando lo que dicen y hacen. Desean ser tratados por ellos y mantienen al enfermo desconectado de la realidad con la creencia de que son mejores y les destacan la excelencia de todos sus actos. Estos, los compra-imágenes, obviamente son

muy proclives a ser también ellos pasto de la epidemia. Es frecuente que se les nombre de diversas maneras, pero no es el caso mencionar sus apelativos aquí.

Los ambientes de adulación desmedida y persistente suelen generar las condiciones para que el virus se incuben. Tanto va el cántaro al agua... que al final hay quien se lo cree. Aunque los elogios sean aparatosos, no creíbles, cínicos, si no hay una leve autocrítica caerán, tarde o temprano, en terreno abonado.

A una dama, preocupada porque las grasas se le acumulan en forma inconveniente, le dicen:

Pero si no es para tanto; todo lo contrario, te veas tan mal flacuchenta.

Otro insiste:

Qué bien, por fin dejaste de estar anémica. Te ves maravillosa.

La repetición de frases parecidas hará desaparecer el problema de la gordura. y si se le acentúa el calificativo de estupenda...

No saber aceptar críticas podría ser factor de acercamiento del virus. Le dicen algo que no corresponde a lo que desea y se enoja, degrada, se amarga, o le da pena, porque la batería de respuestas es muy variada. Depende del que la recibe, de quien la lanza, de las circunstancias, de si hay otros presentes, de los que están con el oído aguzado, etc.

Está claro que si no se es capaz de recibir críticas parado en los dos pies: ¡cuidado! Seguramente estará proporcionalmente expuesto a caer a la primera adulación que se agarre por ahí.

También se contrae porque le repitieron desde pequeño que es distinto, que los otros son tontos, malos y cosas por el estilo. Siempre le encontraron todo bien, lo convencieron de que hasta su más estúpida burrada era genial. Si no ha corregido durante la vida esta visión parcial de su realidad, podría asegurar que ese alguien está muy propenso al virus.

CAPITULO TRECE

Yo, me, mi, a mí

El lenguaje cambia con el virus de altura. La conjugación de los verbos gira hacia la primera persona singular, sobre todo si connota características positivas. El pronombre “yo” se hace habitual en la conversación diaria, y junto con el espacio que ocupa esta palabra se acentúan otras características relacionadas.

Ellos no dicen

“Fui...”

Si no que:

“Yo fui...” (con un yo en mayúsculas que arrastran por un rato para que uno sede cuenta)... Y “yo hablé con Gerardo” (su jefe; lo tutean cuando no está)... “Me preguntó mi opinión” (el me y el mi, reemplazan con igual efectividad al pronombre y se pronuncian con el mismo cuidado.

El yo se transforma en el centro manifiesto de todo ; puede ser tanto positiva o negativamente. Los pacientes suelen cultivar una paranoia sobredimensionada: lo que dice cualquiera, en ocasiones por casualidad y ni siquiera referido a ellos, es tomado como una alusión personal. El yo ocupa tanto espacio que todo termina referido a él.

“Yo le dije que a mí me parecía bien” , entonces la señora Ximena, infectada desde que la ascendieron a un cargo intermedio, mira con cara triunfante. Escrita en los rostros de los demás cómo suena esto de que don Gerardo le haya consultado a ella su parecer, y termina acotando:

“... en vista de lo cual él se relajó. Yo le dije que la dejara en mis manos. Yo me vine y aquí estoy”.

Lo último lo dice como que si su regreso desde la oficina del jefe, tres metros más allá, fuera de vida o muerte. Si esta señora tiene a su lado un compra-imágenes, el resultado es obvio.

El yo se les hincha. Es como si la personalidad se les saliera por los poros y estuvieran a punto de estallar . Están llenos de ellos mismos. Casi asfixiados. Lo contrarrestan exudando “yo” a cada segundo.

De lo anterior también se destaca otra característica referida al “sólo yo lo hago bien”. Si algo resulta es porque esta persona tuvo que ver, no por la calidad del equipo que acompaña o el acierto de alguno. Por supuesto que si la tarea falla, es por la tontera de los otros. (Es increíble, pero parece que todos los estúpidos del mundo se congregaran en torno a los que padecen de virus de altura: cuando las cosas resultan, son los infectados quienes las realizaron, o por lo menos las impulsaron, y cuando no marchan son los otros los que la echaron a perder).

El control abusivo y extremo es la resultante lógica de lo anterior. Ya que sólo ellos lo hacen todo bien, deben inspeccionar los pasos que dan los demás porque ahí estará, seguro, el error que llevará al fracaso. Todo debe pasar por sus manos, ser leído, visto, censurado. Cuando hay recargo de labores el ambiente se calienta porque no alcanza a revisar todo. Los papeles que debían ser despachados a las nueve de la mañana aún permanecen sobre el escritorio de la señora Ximena a las cinco de la tarde. Cuando don Gerardo, echando chispas por los ojos debido a la demora, pregunta a la señora Ximena por el contrato, ella obligará al oficinista a que reconozca su falta por no haberle avisado que el formulario estaba sobre su escritorio. Ella nunca se equivoca, pero él no atina:

- "Yo firmé el contrato" -dice la señora. "Resultó porque yo dije que había que hablar con fulanito y había que hacerlo de inmediato"

- "Pero si no fue usted" ...

- "Tú no sabes nada" -afirma categórica con ceño fruncido, la nariz arrugada como oliendo podredumbre, los ojos relampagueantes de quien ha descubierto un insecto en la sopa. Al empleado le queda poco tiempo en esa oficina porque la señora Ximena le acaba de encontrar una cara de "tú, irremediablemente inútil" que será difícil remontar .

CAPITULO CATORCE

La reinterpretación

La distorsión de la realidad producida por quien padece el virus de altura, llega al extremo con la reinterpretación de su propia biografía, ya veces de la historia misma.

A quien le da la enfermedad cambia su pasado, busca afirmar sus cualidades en la infancia, descubre que desde siempre él se sintió distinto a los demás. La vida lo fue torciendo, lo puso en situaciones complicadas pero, ahora por fin, retorna el hilo, recupera el sitio que le corresponde, se juega el desquite de todo aquello que lo puso en desventaja. Desde el colegio, cuando lo llamaban de modo despectivo, cuando fue el flaco del curso, el gordo, el alto o el pequeño y se divertieron a su costa, hasta ahora, poco antes de su elección, o de su ascenso, o de la compra aquella en que por fin ha quedado demostrado que él es especial.

Creer que el pasado fue distinto no necesariamente es privativo de aquellos que padecen de virus de altura. Tal vez sea propio de ellos la forma particular de hacerlo, ese desquite de quienes lo trataron mal, de quienes creyeron que él era poca cosa. Pero ver la propia vida distinta de como fue, es un fenómeno común:

“Cualquier autobiografía, cualquier relato sobre la propia vida (que parece lo más indubitable, inmediato y conocido para uno mismo), sufre innegables distorsiones y alejamientos de los hechos que ocurrieron”³.

Sin embargo borrar casi de raíz, reinterpretar sobre ninguna base, eso ya es virus. La desproporción depende del nivel de fiebre que genera la enfermedad. Si siente por ejemplo, además de saberse distinto, que su excepcionalidad se hunde en raíces casi biológicas, el virus es francamente peligroso, más aún si se tiene poder sobre muchos. Desgraciadamente la historia conoce varios casos.

El libro de Orwell “1984”, es particularmente sabroso en esto de los cambios del pasado. El Partido reinterpreta concientemente los datos para mantener el poder. Incluso tiene el proyecto de reemplazar la lengua tradicional por otra nueva, la neolengua, a fin de que la transmisión de la información se realice sin la participación de la conciencia de quien la recibe. La historia se reescribe a diario sin que nadie pregunte y ni siquiera recuerde. Los enemigos de hoy pueden ser los aliados de mañana, y nuevamente los enemigos del pasado.⁴

El virus no necesariamente se produce porque uno siente que es distinto, mejor. Otro cercano puede creer que uno es especial. Algo así como contaminación a distancia.

La hija acaba de entrar a estudiar medicina. La madre comenta:

- Desde chica Claudita tuvo especial interés en la Biología. Me acuerdo que con unos amiguitos se iba a un canal a pillar sapos que después abrían para aprender.

- ¿Y la cosa social de los médicos?

- Por supuesto. Siempre ha querido ayudar a todo el mundo. Cuando era muy niña vendía dulces de a peso para hacer un día un banco que ayudara a los pobres. Mira si no era linda.

Al año, Claudita fracasa rotundamente y no le quedan ganas de intentarlo en ninguna otra carrera.

-¿Claudia? Dejó la universidad. Estar todos los días al lado de esos pelucones la reventó. Además tú sabes que los médicos ganan tan poco y el mundo no está hecho para los idealistas. Ahora le ayuda al papá en la tienda.

³ Silo, Mario Rodríguez Cobos: "Contribuciones al Pensamiento". Editorial Planeta, 1990, pág. 66. Ver Apéndice.

⁴ George Orwell; "1984". Ver Apéndice.

Tiene un ojo para los negocios que ni te cuento. A los tres años se le ocurrió ser dueña de un banco propio para guardar la plata que ganaría. Esta niñita es un genio.

CAPITULO QUINCE

El político

Cuando niño le decían “el chico” Véliz o el Gordo, porque era redondo y más pequeño que los de su edad. Le molestaban los apelativos, a pesar de que a punta de combos trató de sacárselos de encima, terminó conviviendo con ellos. Esto lo hizo destacar por su silencio temeroso, pero también por sus salidas chispeantes cuando veía que la cosa se le daba a su favor y podía, a través de la ridiculización, desquitarse y participar del grupo que tanto lo discriminaba.

En la universidad, aunque pequeño y abultado como siempre, los apodos cesaron. Se habló más bien del “vivo” Véliz. Ahí comenzó a participar en política porque andaba tras la Enriqueta. La única manera de estar con ella y que sus hermanos bajaran la vigilancia, era en las reuniones de partido. Terminó como dirigente debido a su chispeante humor, a las salidas imprevistas. Pocas ideas, muchas tallas.

Ya profesional, con cuotas al día y empresario en ascenso, un comité lo visitó en su casa.

- Sería bueno que se presentara a candidato.

- ¿Yo? Imposible. Es cierto que me mantengo fiel, pero ya casi no participo. Si quieren algún tipo de apoyo...

- Piénselo. Usted pega bien, es conocido, podría financiar su candidatura.

Finalmente aceptó y de ahí en adelante se transformó en el “señor Véliz”.

Visitó su distrito, fue a las poblaciones, se metió hasta más arriba de las rodillas en el barro negro y espeso que tenía un olor que lo siguió por semanas. Vio niños de ojos largos, madres que miraban hacia abajo como pidiendo por favor, hombres cesantes o mal pagados. Fue recogiendo impresiones, vivencias y devolvió discursos al principio tímidos, opacos y luego desenvueltos, encendidos, casi brillantes. Terminó creyendo lo que prometía.

La primera vez que vio un afiche con su foto pegado en un poste se emocionó, pensó en la cantidad de gente que pasaría delante de su estampa, que leería su nombre y el slogan, mujeres y hombres rumbo al trabajo, a la feria, al mercado, niños a la escuela, mirarían la foto, lo verían a él.

También se empezó a poner inseguro. Se enteró de lo que decían de él los contrincantes. Cosas horribles. Entró una vez a una sede social y no había nadie esperándolo. En el partido no había tiempo para escucharle, cada uno estaba en su cosa.

Podía fracasar.

Se sentía frágil, y Enriqueta, que lo había criticado por haberse metido en leseras, lo tuvo que acoger como a un niño cuando llegaba por las noches cansado, demacrado, y con susto de perder.

- Una cosa te han hecho las elecciones -decía ella mirándolo de reojo.

- ¿Qué? -preguntaba con mirada perdida mientras repasaba el video de las noticias que le grababa la mujer todos los días.

- Más humano.

Pero él ya no escuchaba porque se había quedado dormido con un plato de sopa humeante bajo su cara.

Los tres últimos días estuvo fuera de sí. La actividad se multiplicó, no vio a su familia en 72 horas ni fue a su casa siquiera. Corrió desde la mañana a la noche. Las ojeras crecieron, la palidez hizo temer por su salud. Su barriga decreció de una manera que no había logrado con severas dietas. Su estado de ánimo variaba desde el triunfo anticipado cuando se encontraba con gente, hasta la angustia del fracaso en los ratos que lo dejaban solo.

Era una piltrafa humana a la deriva.

El día de las elecciones fue a las mesas receptoras después de levantarse con pánico sólo porque todos le dijeron:

- Tienes que pasearte como triunfador. Que te vean.

El estaba al borde de la cama, con la cabeza hundida, mirando el infinito que se extendía bajo sus pies.

- ¿Crees que los otros no tienen los mismos temores que tú? -le dijo Enriqueta.

No se había querido meter en la campaña, pero veía a su marido como zozobraba, justo cuando no tenía que hacerlo. Lo tomó de la mano, le arregló la camisa, le puso ella misma la corbata para hacer el nudo porque no podía al revés, se la instaló en el cuello, le colocó una chaqueta que más o menos viniera con los horribles pantalones. Agarró al zombi por el brazo, lo sacó a la calle donde dos vecinas lo vitorearon (allí comenzó a volver en sí), lo metió al auto en el asiento del acompañante y se dirigió al primer local de votaciones que encontrara.

Que los dos aparecieran en público, cuando se sabía las reticencias de ella, ya fue un triunfo. Conseguían saludos y hasta aplausos en algunos lugares.

En un alto, él le preguntó:

- Y si no salgo? ¿qué va a pasar con la gente?

Salió. A última hora lo eligieron por estrecho margen. Hasta llegaron camaradas de partido a consolarlo a la casa.

- ¿Dónde está Véliz? -le preguntan a la señora.

- Celebrando allá adentro. Pasen.

- ¿Celebrando? ¿Que no había perdido?.

- No, a última hora ganó. Se salvó porque se habían demorado cinco mesas.

Entran y en medio de la sala un jubiloso señor Véliz de amplia sonrisa comparte con un auditorium que le escucha embelesado. Lo saludan.

- Felicitaciones. Creíamos que había sido derrotado.

- ¿Yo? -contesta el chico y gordo Véliz echando chispas por los ojos, enojado por lo que le acaban de decir.

- Yo iba para ganador. Era el mejor. ¿Qué duda había?

Enriqueta lo mira, abre tamaños ojos y se queda con la boca abierta. El virus ha atacado.

En los días siguientes la transformación seguirá a pasos agigantados. Le pedirá a su señora que le filtre las llamadas, sólo gente importante del partido o figuras connotadas. Dejarán de ir a las fiestas comunes, se despegarán de la familia. Para los amigos tradicionales cada vez le faltará más tiempo, ahora se ocupará sólo de las cosas relevantes, por ejemplo, conocer y hacerse amigo de los que ahora son sus colegas, de los

presidentes de todos los partidos no importando las ideas políticas, de los que están en cargos superiores, de la gente de gobierno, de la de oposición. Le dará preponderancia a los asados e invitará a “ellos”. Hasta que ese “ellos” sea nosotros.

El señor Véliz estará tan ocupado con las cúpulas de lo que sea que hace y dice cosas importantes, que se olvidará muy pronto de quienes lo eligieron, de para qué se supone que optó a un cargo. En poco tiempo, dará vuelta los valores al revés. Se con vencerá que hace muy bien las cosas y terminará de espaldas al pueblo.

Hasta las próximas elecciones, porque la cosa le quedará gustando y deberá volver a las poblaciones donde están los votos.

Ahora, eso sí, no irá cuando esté lloviendo, porque lo del barro es para los Quijotes y de eso tuvo suficiente cuando joven.

CAPITULO DIECISEIS

Virus de altura con poder: mezcla explosiva

Cuando le da virus de altura a un mozo de restaurant porque le pusieron uniforme distinto para destacarlo del resto, o a quien se consigue trabajo de portero en un edificio elegante, o a un niño porque le compraron bicicleta antes que a sus amigos, el virus es divertido para quien observa de afuera y algo incómodo para los cercanos. Pero, ¿qué pasa cuando le da a alguien que tiene poder sobre grandes conjuntos?

Puede ser peligroso.

Nicolae Ceausescu⁵ gobernó durante 25 años a Rumania. Desde el año 1965, en que toma el poder después de la muerte de Gheorghiu-Dej hasta 1989. Se había destacado como gobernante por llevar una línea internacional relativamente disidente del gobierno de Moscú. Internamente, su administración fue dura. En el área económica había impuesto fuertes racionamientos de alimentación, vestuario; se laboraba horas extraordinarias.

El virus:

Según las agencias DPA y EFE en cable fechado el 23 de diciembre de 1989: “En un museo central de Bucarest se podían contar nada menos que 23 cuadros al óleo gigantes y cuatro estatuas en honor a Nicolae Ceausescu. Varias veces el ex jefe del Estado y del partido Rumano se dejó fotografiar con corona y cetro. Ceausescu se llamaba a sí mismo “la estrella más brillante de los dos mil años de la historia rumana”.

Nombró a Elena, su mujer, la número dos en la jerarquía, y gobernó con alrededor de 40 familiares en puestos claves. Tenía el control de todo en sus manos y, cuando desconfió del ejército (en un principio de levantamiento en 1984, mandó a matar a varios generales), formó un organismo de seguridad con muchos extranjeros. Se llegó a decir que la Securitate podía superar en 7 veces al ejército regular. El 24 de noviembre de 1989 fue reelecto por un nuevo quinquenio en el cargo, lo que provocó desórdenes en el oeste de Rumania. Criticó las reformas de estilo soviético, haciendo mención a lo que había sucedido ese año con los países del Este y dijo que ellas (las reformas) sólo llegarían a Rumania cuando “los manzanos dieran peras”. Los estudiantes de Bucarest colgaron peras en todos los árboles de la calle principal de la ciudad. Aquello enfureció al dictador, ordenando a la policía de seguridad identificar a los responsables y fusilarlos. Muchos murieron en sus dormitorios y otros cien fueron baleados en la plaza, frente a la universidad.

El virus de altura estaba en su máximo apogeo y cegaba al gobernante.

Los desórdenes se extendieron. Ceausescu, alejado de la realidad, viajó a Irán, una visita oficial programada mucho tiempo antes y la concluyó el 20 de diciembre como estaba previsto, cuando los desórdenes en Timisoara hicieron que miles de personas se volcaran a las calles y fueran repelidas con tanques y carros de asalto. Se contaban por miles los muertos, pero para Ceausescu aquello era un pequeño levantamiento de gentes desordenadas. Todo se pondría pronto bajo control. El virus lo tenía sin contacto con lo que sucedía y esa misma epidemia lo hizo ordenar ejecuciones que se produjeron sin ningún control.

En el palacio las cosas siguieron casi normales. Afuera el ejército dudaba.

Dos días después de su vuelta de Irán, los generales apoyaron al Frente de Salvación Nacional, el ejército cambió abruptamente de bando y pidió la caída de Nicolae.

⁵ Con Nicolae Ceausescu cae el régimen comunista rumano en diciembre de 1989, cuando los mapas de Europa del Este cambiaban aceleradamente. *Ver apéndice.*

El 21 de diciembre Ceausescu intentó dirigirse al pueblo. Totalmente enceguecido por el virus de altura, pensaba que la gente lo seguía aún. Habló unas pocas palabras y los asistentes comenzaron a gritar: “Muerte, muerte”. Nicolae y señora huyeron.⁶

El día 25, ya prisioneros, se les sometió a un apresurado juicio. Eso quedó registrado en una cinta de video que antes de 24 horas recorrió el mundo entero. Aparentemente, el ex gobernante rumano todavía no se daba cuenta de su situación. Aún pensaba que era el mejor gobernante de Rumania en mucho tiempo.

En una parte de la cinta se establece el siguiente diálogo:

“Fiscal: Tu escribías una cosa en el papel, pero la realidad era otra. ¿Has pensado en eso? El plan de destrucción de las aldeas: ¿Has pensado en eso?”

“Ceausescu: Nunca hubo en las aldeas una riqueza tan grande como hoy. He construido hospitales, escuelas. Ningún país del mundo tiene esas cosas”.

Posteriormente, Elena acotará (porque el virus era familiar):

“ No afirmaré nada. He luchado por el pueblo desde los 14 años y el pueblo es nuestro pueblo”.

70.000 muertos costó a Rumania el virus de altura de Nicolae Ceausescu.

⁶ Un relato de la agencia AP, fechada en Bucarest, decía:

⁶⁴La última presentación pública de la pareja fue el jueves (21 de diciembre), durante un acto organizado por el Gobierno en Bucarest, en el que mientras Ceausescu pronunciaba un discurso, comenzó a ser abucheado por la multitud, que comenzó a reclamar su destitución. Se vio que el dirigente estaba sorprendido, e interrumpió su discurso, y luego las tropas comenzaron a disparar contra la concurrencia”.

CAPITULO DIECISIETE

Cuando se da las espaldas al pueblo

Fernando Collor de Mello asumió la presidencia de Brasil en Marzo de 1990, después de una campaña basada en dos principios: Luchar por la moralización y limpieza de la administración pública; y modernizar la endeudada economía brasileña.

Para el votante la suya representaba una imagen novedosa, semi desconocida (era gobernador del diminuto Estado de Alagoas). Un joven idealista que cambiaría la visión tradicional de los estadistas, sobre todo militares, de los últimos treinta años.⁷ Esta figura concitó la atención del pueblo que lo eligió en la campaña de 1989.

Sin embargo, las promesas electorales se desvanecieron demasiado pronto. El virus de altura estaba incubado desde mucho antes de que accediera al gobierno. Existe un hecho que lo demuestra. El Partido de Renovación Nacional, al que pertenecía Fernando Collor, decidió nombrar como vicepresidente y dupla de Collor a Itamar Franco.

William Long de "Los Angeles Time" reseñó en Octubre de 1992:

"Poco después de que Fernando Collor de Mello fuera elegido Presidente, en diciembre de 1989, programó una reunión con Itamar Franco, el Vicepresidente electo. Collor hizo esperar a Franco durante tres horas y luego le dijo secamente que su opinión no era necesaria para seleccionar a los ministros del Gabinete".

Cualquiera piensa ¿y cuándo se contagió?

No estamos en condiciones de contestar, pero sí podemos decir que el ataque tomó características de coerción, mala administración de fondos públicos, malversación de los mismos para beneficio personal. Similares pasos dio su mujer Rosane Malta.⁸

Collor abusó del poder para enriquecer sus arcas privadas, lo que llevó a formar una Comisión Parlamentaria de Investigación que puso sus ojos en Paulo César Farías, secretario del Presidente durante su campaña, y con quien siguió en tratos comerciales. Sin embargo, la Comisión pronto se encontró con las cuentas de Fernando Collor, donde constató que "...unos 23 millones de dólares de Farías engordaron las cuentas bancarias del Presidente, su esposa y colaboradores cercanos."

"Asimismo, el empresario costó la reforma de un apartamento de Collor, le compró un automóvil y se hizo cargo de la reforma de los jardines de la residencia presidencial en Brasil, que costó 2,5 millones de dólares". (Agencia EFE, Río de Janeiro, septiembre de 1992).

El jardín tenía (tiene aún) 13.000 metros cuadrados, con ocho cascadas de agua movidas por motores y abastecidas por un sistema subterráneo que también alimenta la piscina de hidromasajes y un lago artificial para criar carpas japonesas. Además, se trasplantaron 200 gigantescos árboles transportados desde Río y África, 40 árboles frutales, 200 lámparas halógenas y 50 potentes reflectores. Rosane está implicada en ocho procesos por desvíos de recursos oficiales de la Legión Brasileña de Asistencia, entidad presidida por ella hasta fines del año 1991.

⁷ Brasil se mantuvo desde 1964 hasta 1985 bajo distintos regímenes militares.

⁸ La Agencia EFE, en un cable fechado en Río de Janeiro, señalaba: "Desde el año pasado, los medios de comunicación brasileños denunciaban que ministros, altos funcionarios de la administración y hasta la primera dama Rosane Malta, estaban envueltos en negocios irregulares con fondos públicos, licitaciones fraudulentas y tráfico de influencias".

Collor, obviamente, ya había dado vuelta las espaldas al pueblo que lo había elegido. Síntoma del virus en los políticos a quienes les cambia violentamente la perspectiva desde antes a después de ser electos. Basta recordar que parte de su plataforma electoral se basaba en criticar a los “maharajás”, como llamaba a la gente de Gobierno que se enriqueció gracias a la corrupción y favores políticos.

Pero los votantes no olvidaron.

Diversas agencias informativas planteaban en septiembre de 1992: “Manifestaciones multitudinarias se han realizado durante la semana en todo el país, pero el Presidente se ha mantenido en una posición desafiante”.

Cuando se suspendió al Presidente de Brasil, cientos de miles de personas se juntaron en torno al Congreso el día de la votación. Y el pueblo brasileño la siguió en todo el territorio. Se instalaron pantallas gigantes de televisión en las calles. Se necesitaban 336 votos para censurar al mandatario. Cuando se llegó a ese número (la gente coreaba cada voto transmitido), un carnaval se desató en las avenidas. Pero la votación fue todavía más adversa: 441 votos hubo para que fuera destituido y sólo 38 para que se quedara.⁹ En medio de la oposición popular, sólo a última hora Collor cambió la idea de dirigirse a la Nación.

Más le valía, con un virus tan subido.¹⁰

¹⁰ “Yo esperaba la defensa del Presidente, dijo el diputado Onaireves Moura, del mismo partido y colaborador estrecho de Fernando Collor, y cuyo voto, se pensaba, sería a favor de éste. Si él tuviera una defensa habría sido bueno para Brasil. Pero desgraciadamente demostró que no tenía y no me quedó otra cosa que votar por el

⁹ Varias agencias señalaron: “El líder del Gobierno en la Cámara, Humberto Souto, fue abucheado y hostigado por el público presente en tribuna, que se puso de pie y le dio la espalda”. El Presidente estaba solo.
¹impedimento”.

CAPITULO DIECIOCHO

El portero

José era una persona muy querida en la población. De mediana edad, simpático, querendón de los niños. Cada vez que jugaban a la pelota lo invitaban para que arbitrara. Cerraban la calle con un par de neumáticos, aparecía el balón rojo con cuadrados negros. José el ecuánime silbaba soplando entre sus dedos y el partido comenzaba.

Estaba cesante hacía meses, pero consiguió una recomendación con un compadre.

Esa tarde no jugaron porque José había ido por la respuesta. Fue positiva, comenzaría de inmediato. Le pasaron un uniforme rojo de charreteras amarillas. Parecía general. Una gorra con una gran visera lustrada con una estrella en el frente. Se puso la indumentaria y se transformó. En un pequeño espejo del baño de servicio vio como todo cambiaba. Se había vuelto más joven, animoso. Se encontró hasta bien parecido. El edificio era bonito y la gente que entraba, tan importante.

Tomó aire; se hizo cargo de la entrada.

Estaba deslumbrado con los hilos de oro que caían por sus hombros y rodeaban los botones, con el abrigo calentito del uniforme. Los zapatos le apretaban el dedo chico del pie izquierdo, el empeine del derecho, pero estaban impecables y reflejaban los brillantes faroles de la puerta de entrada. Ya le comprarían un par adecuado si servía para ese trabajo. Debería aguantar un mes con esos, por lo menos dos números más pequeños que los suyos. Como el calzado no había entrado con facilidad el mayordomo, intuyendo el dolor le había dicho que él podría quedarse en el turno, y al día siguiente trataría de arreglar el asunto.

José no quería irse ni por nada del mundo. Reconoció que un poco apretados estaban, pero nunca para tanto.

El mayordomo lo dejó mirando de reojo los sufridos pies. Se encogió de hombros y partió.

A la hora, el flamante nuevo empleado no soportaba más. Metía los pies tras una caja, se desacordonaba los zapatos, los sacaba y respiraba tranquilo. Un minuto. Después los volvía a poner y daba una vueltecita para que lo vieran cumpliendo con el deber.

De la noche a la mañana se había transformado en portero de un edificio elegante. Los espejos y los cristales brillaban. El piso devolvía la luz de los focos. Unos cuadros con caballos saltando una cercas colgaban de las hermosas paredes. Ascensores silenciosos abrían y cerraban las puertas muellemente.

- Buenos días, señora, buenos días señor, -saludaba solícito.

José no jugó más en el barrio. Ni siquiera los fines de semana cuando no trabajaba. Consideró al poco tiempo que, de acuerdo a su nuevo cargo, no podía estar allí en la calle como un cualquiera corriendo detrás de los mocosos. Se tornó silencioso, irguió su figura, no como cuando estaba cesante (si parecía buscar monedas de tan encorvado que caminaba) y saludó lo estrictamente necesario, es decir a su vecina, que si no ponía el grito en el cielo diciendo:

- Y a éste qué bicho le picó; ya ni a los vecinos reconoce.

También al carnicero, autoridad en la población. Tampoco tenía pelos en la lengua si algo le parecía mal.

- Consiguió trabajo con uniforme y todo -le decía delante de los clientes. El no entendía que se mofaba de él.

Sonrojado, respiraba profundo y respondía orgulloso (lo que divertía aún más a los vecinos):

-Sí, es bonito. y el edificio muy importante, el mejor .

Entre las exclusivas tareas que debía ejecutar todos los días antes de ponerse uniforme, limpiaba los ventanales que daban al jardín. Una vez, mientras les pasaba paño para el brillo, vio al otro lado del vidrio un chiquillo parecido a los de la población. Observaba con mirada ávida. Se sintió incómodo e irritado y, sin pensarlo, salió por la puerta tratando de agarrarlo:

-¡Córrete! -gritó, mientras el niño aumentaba fácil la ventaja. -¡Ustedes no saben más que andar jugando a la pelota en la calle!

CAPITULO DIECINUEVE

El mozo de restaurant

Había entrado al “Buena Estrella” unos tres años atrás. Era muy silencioso y cuidaba cada movimiento, temiendo que lo fueran a echar. Por esa razón nunca intimaba con nadie. Tenía miedo que algo se le saliera en una conversación y pudiera ser usado en su contra.

Mejor el silencio. Menos enemigos, menos expuesto.

Con ese planteo había sido un empleado gris pero cumplidor. Los dueños fueron tomando nota de Manuel cuando se fijaron en el recambio de los mozos. No era fácil encontrar personal educado, presto, de buenos modales y poco sueldo. Sin embargo, Manuel se mantenía a lo largo de los años. Su silencio y parquedad les resultaba más bien una garantía que un defecto.

- Manuel hemos decidido ascenderlo de alguna manera. Usted es una persona fiel y queremos demostrarle nuestra confianza. No podemos subirle el sueldo, usted sabe. Tampoco necesitamos que haga algo distinto, así es que hemos pensado que de ahora en adelante usted use uniforme verde.

Desde siempre en el "Buena Estrella" los mozos han usado un horrible delantal cuadrillé rojo. Ahora le extendían uno igualmente feo, pero verde.

Manuel no esperó más, lo arrebató y se fue al baño. Cuando salió se había transformado. La frente en alto, la ceja levantada, la mirada a la distancia.

El virus en un segundo y por nada. Porque seguía haciendo lo de siempre, ganaría lo de siempre, no mandaría a nadie como siempre. Se puso más serio aún, y durante todas las jornadas que vinieron sacó la voz para recriminar a sus compañeros. Estos vieron la transformación sin creerlo. Al principio se enojaron:

- A éste se le calentó la azotea.

- Qué se habrá creído. Se le fueron los humos a la cabeza.

Pero como pasó el tiempo y no cejó en su nueva actitud, prefirieron no tratarlo. Nunca imaginaron que aquello era virus, ni que se debía a un delantal verde.

El dueño se ufanaba:

- Es como si nos hubiéramos ganado un socio gratis, con un puro cambio de color.

CAPITULO VEINTE

El padre

En la literatura chilena hay un ejemplo notable de virus de altura. Es un cuento de Olegario Lazo Baeza¹¹ llamado El Padre. Trata exactamente del borrado de memoria y la reinterpretación de su vida que hacen los atacados por el mal. En este caso, el autor provoca la irrupción del pasado en el presente del personaje, lo que no puede sino causar un choque doloroso a quien está cercano al paciente.

Manuel Zapata "...chico, moreno, grueso, de vulgar aspecto", es pobre, hijo de campesinos, inteligente. Gracias al patrón va a estudiar a la ciudad y termina recibéndose de oficial del Ejército. Por una casualidad de la vida, lo destinan al destacamento ubicado en el mismo pueblo de donde es oriundo. Su padre, que no lo ha visto en cinco años, se entera de esta coincidencia y decide visitarlo. Va al cuartel y le lleva de regalo una gallinita.

"Un viejecito de barba blanca y larga, bigotes enrubiecidos por la nicotina, manta roja, zapatos de taco alto, sombrero de pita y un canasto al brazo, se acercaba, se alejaba y volvía tímidamente a la puerta del cuartel".

Pregunta por el teniente Manuel Zapata. En principio los guardias no recuerdan, hasta que uno hace mención que es de los llegados hace poco. El virus ya lo traía, porque comentan entre ellos:

"- Es el nuevo; el recién salido de la Escuela.

"- ¡Diablos! El que nos palabrea tanto..."

El teniente, cuando le avisan que lo busca, trata de desentenderse:

"El soldado se cuadró, levantando tierra con sus pies al juntar los tacos de sus botas, y dijo:

"- Lo buscan ...mi teniente.

"No sé por qué fenómeno del pensamiento, la encogida figura de su padre relampagueó en su mente..."

"Alzó la cabeza y habló fuerte, con tono despectivo, de modo que oyeran sus camaradas:

"- En este pueblo... no conozco a nadie..."

"El soldado dio detalles no pedidos:

"- Es un hombrecito arrugado, con manta... Viene de lejos. Trae canastito..."

"Rojo mareado por el orgullo, llevó la mano a la visera:

- Está bien retírese".

Pero el teniente se queda parado y no acude hasta que otro guardia aparece:

"-¡Lo buscan, mi teniente! Un hombrecito del campo...dice que es el padre de su mercé..."

Zapata no se mueve. El virus lo clava como un rayo al suelo. Está atrapado. Su pasado se le vuelve en contra.

¹¹ Olegario Lazo Baeza 1878 1964. Ver Apéndice.

Aquello que ha tratado de negar está allí presente, a unos metros, esperándolo.

Por último, y debido a que el tiempo pasaba y la situación no se resolvía, un sargento lo encara con autoridad. No le queda otra que ir a la recepción:

"- ¡Mañungo! ¡Manungito!...

"El oficial lo saludó fríamente.

"Al campesino se le cayeron los brazos. Le palpitaban los músculos de la cara.

"El teniente lo sacó con disimulo del cuartel. En la calle le sopló al oído:

"¡Qué ocurrencia la suya...! Venir a verme...! Tengo servicio... No puedo salir.

Y se entró bruscamente".

CAPITULO VEINTIUNO

La humildad

Quien está en la altura teme caer .

En este caso se da una paradoja. Quien está contagiado no se quiere sanar. Más aún, ni siquiera se le ocurre que debiera ser curado. Pero teme a la caída. Piensa que aquello que lo llevó a esa cima puede variar . Por ejemplo, otros podrían querer botarlo, tal vez arrastrarlo por el piso (nunca imaginan algo simple). A lo mejor le meten cosas en la cabeza a los jefes y estos no alcanzan a medir en toda su magnitud la bondad que posee. Le pueden chocar el auto recién comprado y se acaba la superioridad. El pueblo desagradecido no lo vuelve a elegir.

Y también hay algunos que se jactan de su humildad. “Yo, el último de los pecadores”, suelen decir, pero internamente critican desde esa aparente última posición. y lo hacen ácidamente. Es como una especie de virus torcido, pero absolutamente virus. Este se resguarda de una posible caída porque dice “Si Soy lo que botó la ola, es imposible que de aquí baje pero, a pesar de todo, con mi sonrisita inclinada, pidiendo por favor las cosas, soy mejor que el que tengo adelante. Nadie me puede alcanzar y nadie me puede desplazar. Ni siquiera tendrán interés.”

Albert Camus¹², en la novela "La Caída" hace un retrato excelente de la persona atacada por el virus disfrazado de humildad. El personaje único que se dirige a un interlocutor anónimo, reconoce que su nombre es Jean-Baptiste Clamence y, algunas páginas más adelante dice: “Hace algunos años yo era abogado en París, y por cierto que un abogado bastante conocido. Desde luego no le dije mi verdadero nombre”¹³. El oculta su verdadera personalidad durante todo el relato. Un virus extremo que le hace guardar una gran paranoia hacia su interlocutor. Sin embargo, no es capaz de dejarlo. No olvidemos que el atacado por el virus se mira desde la visión que los otros tienen de él, y por tanto esos otros, si bien en el fondo los desprecia, se le hacen indispensables para subsistir. Esa es una paradoja, contradictoria por decir lo menos.

El dice:

“Sí, nunca me sentí cómodo sino en situaciones elevadas. Hasta en los detalles de la vida tenía necesidad de hallarme por encima. Prefería el ómnibus al subterráneo, las calesas a los taxis, las terrazas a los entresijos. Aficionado a los aviones deportivos, en los barcos era yo también el eterno paseante de las toldillas. Cuando iba a la montaña huía de los valles encajonados para ganar las gargantas y las mesetas.”¹⁴

“Un balcón natural, a quinientos o seiscientos metros sobre el nivel de un mar aún visible y bañado de luz, era en cambio un lugar en que yo respiraba mejor, sobre todo si estaba solo y muy por encima de las hormigas humanas.”¹⁵ Me explicaba sin dificultad alguna que los sermones, las predicaciones decisivas, los milagros de fuego, se hubieran hecho en alturas accesibles. Según me parecía, no era posible meditar en los sótanos o en las celdas de las prisiones (a menos, claro está, que estuvieran situadas en una torre, con un extendido panorama):

“Felizmente mi profesión satisfacía esta vocación de las cimas. Me borraba toda amargura respecto de mi prójimo, que siempre me estaba obligando ya quien yo nunca debí nada. La manera de ejercer mi profesión me colocaba por encima del juez, al que, a mi vez, yo juzgaba, y por encima del acusado, a quien yo obligaba a que me estuviera agradecido. Pese usted bien estas cosas, querido señor: yo vivía impunemente. ningún juicio

¹² Albert Camus, escritor y dramaturgo francés. Nació en 1913 y murió en 1960. Ver Apéndice.

¹³ La Caída, Albert Camus. Editorial Losada, pág.17.

¹⁴ Op. cit. pág. 22

¹⁵ Me habría gustado subrayar esto de *hormigas humanas*, tan de virus de altura.

me alcanzaba; yo no estaba en la escena misma del tribunal, sino en otra parte, en los balcones altos, como esos dioses a los que de vez en cuando se hace descender por medio de un mecanismo, para transfigurar la acción y darle su sentido.”¹⁶

“Vivía, pues, despreocupado y sin otra continuidad que aquella del 'yo, yo, yo'... Porque, en cuanto a mí, yo olvidaba. Nunca me acordé sino de mí mismo.”¹⁷

En otro capítulo habíamos dicho que quien padecía el virus de altura vaciaba a los otros de contenido, los transformaba en cosas para ser utilizadas. Camus hace decir a Jean-Baptiste:

“Cualquiera que fuera, por lo demás, la confusión aparente de mis sentimientos, el resultado que obtenía era claro: conservaba todos los afectos alrededor de mí para servirme de ello cuando quisiera. De manera que no podía vivir de mi declaración misma, sino con la condición de que en toda la tierra todos los seres, o el mayor número posible de ellos, estuvieran vueltas hacia mi, eternamente vacantes, privados de vida independiente, prontos a responder a mi llamada en cualquier momento, consagrados por fin a la esterilidad hasta el día en que yo me dignara favorecerlos con mi luz. En suma, para que yo viviera feliz era necesario que los seres que elegía no vivieran de modo alguno. Debían recibir vida, muy de cuando en cuando, de mi capricho”¹⁸

Pero claro, un virus tan fuerte como este se podía resentir en cualquier momento. La caída se presentó por el delirio de persecución que sin embargo, no hizo sino adecuar el mal a una nueva situación, y pervivir a pesar de las circunstancias.

“A mis ojos, mis semejantes dejaban de constituir el auditorio respetuoso al que estaba acostumbrado. El círculo del que yo era centro se quebraba y ellos se colocaban todos en una línea como en el tribunal. A partir del momento que tuve conciencia de que en mí había algo que juzgar, comprendí que en ellos había una vocación irresistible de ejercer el juicio. Sí, allí estaban antes, pero ahora se reían. O mejor dicho, me parecía que al encontrarse conmigo, cada uno de ellos se miraba con una sonrisa solapada. En esa época hasta tuve la impresión de que hacían zancadillas. Y en efecto, dos o tres veces, tropecé sin razón al entrar en lugares públicos.”¹⁹

También habíamos destacado esta especie de sandwich en que se encuentran los contagiados, entremedio de muchos por debajo, y algunos por encima, más adelantados en el camino.

Jean Baptiste dice: “Una vez despierta mi atención no me fue fácil descubrir que tenía enemigos. Primero en mi trabajo y luego en la vida mundana. A los unos los había servido; a los otros debería haberles sido útil. Todo eso, en definitiva, estaba en el orden de las cosas y vine a descubrirlos sin demasiada pena.”²⁰

Clarence encontró acomodo en pasar desapercibido, en ser el último, el que se sienta en los rincones y camina casi por las paredes. Pero desde ahí, tienen su trono máximo, desde la humildad aparente, la vara que juzga desde el centro del virus mismo.

“¡Que embriaguez, esta de sentirme dios padre, y de distribuir certificados definitivos de mala vida y de malas costumbres! Reino entre mis ángeles viles, en la cima del cielo holandés y, saliendo de las brumas del agua, veo subir hacia mí la multitud del Juicio Final. Esas gentes van elevándose poco a poco, lentamente. Veo llegar el primero. En su rostro extraviado, a medias oculto por una mano, leo la tristeza de la condición común y la desesperación de no poder escapar a ella. y yo lamento sin absolver, lo comprendo sin perdonar y, sobre todo, jah, siento por fin que se me adora!”²¹

¹⁶ op. cit. pág. 23

¹⁷ op. cit. pág. 41

¹⁸ op. cit. pág. 54.

¹⁹ op. cit. pág. 61-62

²⁰ op. cit. pág. 62

²¹ op. cit. pág. 112

CAPITULO VEINTIDOS

Teofrasto

Teofrasto, el “expositor u orador divino” escribió una obrita llamada “Caracteres” alrededor del año 319 a. de n. e. Estos textos llenos de humor, sagaces, agudos, probablemente escritos para amenizar sobremesa y ratos de esparcimiento. Es posible que fueran utilizados en la comidas mensuales organizadas por los grupos peripatéticos. Estos escritos son brillantes observaciones acerca de la descripción de 30 tipos de personalidad a través de los cuales aún hoy se pueden identificar a las personas. Uno de los caracteres define a la perfección el virus de altura.

Transcribimos completo el capítulo 24. A veintitrés siglos de distancia, se hacen innecesarios los comentarios.”²²

“XXIV: De la Altanería

“La altanería es un cierto desprecio de todo lo que no es uno mismo. El altanero es un individuo capaz de decirle a alguien que tiene prisa, que lo recibirá después de la comida, durante el paseo. Según afirma, no se olvida del favor prestado. Mientras se pasea, en su calidad de árbitro, otorga su dictamen a los que sostienen un litigio. Habiendo sido elegido para un cargo público, renuncia al mismo mediante juramento, alegando que no tiene tiempo. No quiere acercarse a nadie el primero. Suele ordenar a sus proveedores y asalariados que se presenten en su casa al amanecer. Vapor las calles sin hablar con las personas que le salen al encuentro: unas veces mira al suelo y otras, cuando le parece, hacia arriba. En el caso de que invite a sus amigos, él no come con ellos, sino que encarga a uno de sus subordinados que lo atienda.

Cuando se pone en camino, envía por delante a alguien para que anuncie su próxima llegada. No permite que nadie se acerque mientras se unge, se lava o come. Por supuesto, al ajustar las cuentas con otra persona, le ordena al esclavo que haga los cálculos, obtenga el importe total y se lo cargue en la cuenta. Cuando redacta una carta, no emplea: “Me harías un favor” , sino “Quiero que se haga”, y “Te he enviado una persona para que me lo traiga”, o “Procura que esto sea así y no de otra manera” y “Rápidamente”.

²² Teofrasto: “Caracteres”. Introducciones, traducciones y notas por Elisa Ruiz García. Editorial Credos. Año 1988. Ver Apéndice.

CAPITULO VEINTITRES

La vanidad

Para Pascal²³, la vanidad es la traducción del virus de altura. Lo desarrolló de manera descarnada, directa, sagaz, tal como enfrentó las propias búsquedas, encuentros y desencuentros. Cuando trata el tema parte casi con una denuncia, que tiene la particularidad de ser una aguda descripción psicológica:

“Nosotros no nos contentamos con la vida que tenemos en nosotros y en nuestro propio ser, queremos vivir en la mente de los otros una vida imaginaria, y nos esforzamos por esto en ostentar apariencias. Trabajamos incesantemente en embellecer y conservar este ser imaginario y descuidamos lo verdadero; y si poseemos la tranquilidad y la generosidad o la fidelidad, nos apresuramos a darlo a conocer, a fin de decorar con virtudes este ser imaginario.”

Más adelante añade, precisando que nadie se escapa:

“La Vanidad está tan anclada en el corazón del hombre que un soldado, un guapo, un cocinero, un faquín, se alaban y quieren tener admiradores; y también los filósofos quieren eso. y los que escriben contra la gloria quieren tener la gloria de haber escrito bien, y los que leen quieren tener la gloria de haber leído, y yo que escribo eso, tengo tal vez un tal deseo, y tal vez los que lo leerán...”

Y para lo que sigue, casi habría que esconder la cara de vergüenza:

“Somos tan presumidos, que querríamos ser conocidos en toda la tierra, y aún por las gentes que vendrán cuando ya no existamos; y somos tan vanos que la estima de cinco o seis personas que nos rodean nos regocija y nos contenta.”²⁴

Pero ¿de dónde partiría el virus de altura? ¿Cuál es su fundamento?

No es el tema de este libro teorizar al respecto, pero, como Pascal algo adelantó, podríamos citar que está anidado en el amor propio, tomado como amor de sí mismo. Querer ser el centro, ocultando las propias debilidades a uno mismo ya los demás. Para que la descripción de Pascal sea virus, deberíamos solamente agregar que estos mecanismos descritos efectivamente produzcan la sensación de altura, de otro nivel sobre el resto.

“La naturaleza del amor propio y de este yo humano, es de no amar sino a sí mismo, y de no considerar sino a sí mismo. ¿Pero qué podrá hacer? No podría impedir que este objeto que ama esté lleno de defectos y de miserias: quiere ser grande y se ve pequeño; quiere ser feliz y se contempla miserable; quiere ser perfecto y se ve lleno de imperfecciones; quiere ser objeto del amor y de la estima de los hombres, pero ve que sus propios defectos no inspiran sino menosprecio y aversión. Este embarazo en que se encuentra produce en él la más estúpida y criminal pasión que sea posible imaginar; porque concibe un odio mortal contra esta verdad que vuelve a empuñarle y le convence de sus defectos. El desearía entonces anonadarla, y, no pudiendo destruirla en sí misma, la destruye hasta el punto de que puede en su conocimiento y en el conocimiento de los demás; es decir emplea todo su cuidado en disimular sus propios defectos a los demás ya sí mismo, y no puede sufrir que se los hagan ver ni que los vean.”²⁵

El virus nace, entonces, como compensación y como autoengaño.

²³ Blas Pascal, matemático, físico, pensador. Nació el 19 de junio de 1623 en Clermont Ferrand. Murió el 19 de agosto de 1662 en París. Ver Apéndice.

²⁴ Blas Pascal: "Pensamientos y otros escritos". Editorial Porrúa S. A. México Capítulo XIX "Vanidad del Hombre, Imaginación, Amor Propio". Pág. 283. Op. cit. pág. 284

²⁵ Op. cit. pág. 284.

Para terminar de redondear la idea, algo suave:

”El hombre, pues, no es sino disfraz, mentira e hipocresía, en sí mismo y en su relación con los hombres; evita que la verdad le sea dicha, y procura no decirla a los demás...”²⁶

²⁶ Op. cit. pág. 286. en el apéndice transcribimos una lúcida descripción de Pascal acerca de la raíces del olvido de sí mismo, que completan la idea desarrollada precedentemente.

CAPITULO VEINTICUATRO

Antídotos

Cuando un general del Imperio Romano salía victorioso en una guerra importante se le concedía la Marcha del Triunfo. Para tener acceso a esta distinción debía ser un “magister cum imperio”, es decir, tener el mando supremo de las fuerzas. El Senado aprobaba este premio y lo financiaba. Mientras sucedía la votación, el general y su ejército permanecían fuera de Roma. Cuando el Senado lo determinaba, comenzaba la marcha que era una solemne procesión que partía en el Campo de Marte y terminaba en el Capitolio. El pueblo romano se volcaba a las calles saludando “lo triumphe”. Los magistrados y el Senado encabezaban la columna. En seguida iban las trompetas y símbolos (armas, estandartes, representaciones de los lugares conquistados). Después las víctimas para el sacrificio, comúnmente toros blancos de cuernos dorados. Por último, los prisioneros. El general usaba túnica púrpura y toga bordada en oro de Júpiter Capitolino, es decir, vestía como monarca. En su mano derecha sostenía una rama de laurel o de palmera, en su izquierda un bastón cuya empuñadura era un águila. Sobre su cabeza llevaba una corona de oro. El carro que lo transportaba era coronado con laureles y tirado por cuatro caballos.

En aquellos momentos la persona más importante del Imperio era aquel General, todo el mundo se rendía a sus pies. Una situación óptima para el virus de altura. Sin embargo lo contrarrestaban de sabia manera. Durante todo el desfile, a su lado iba un esclavo que le susurraba al oído:

“Recuerda que eres mortal”.²⁷

* * *

¿Qué otro antídoto aparte de recordar que uno se va a morir?

La seriedad es caldo de cultivo del virus. El humor sobre uno mismo, la base de todas las curaciones. Quien escucha una orquesta con trompetas e instrumentos de fuerte percusión abriéndole paso, está irremediablemente enfermo. Quien se sonríe de sus propios defectos, de su gravedad o de su relativa importancia, va en vías de conseguir el alta.

¿Le parece que tiene virus de altura y le preocupa? Este tema lo tratamos con Laura Rodríguez. Ella me dijo;

- Ver de dónde se viene, es un buen antídoto. Cuantos han hecho cosas para que uno esté en la actual posición. Se debe pensar en el apoyo de los padres, la escuela que significaron los amigos y el temple producido por los enemigos. Tal vez el cargo que ahora ocupa se debió a un factor de suerte. O el equipo acompañante consiguió el objetivo y uno es sólo su representante. y siempre es conveniente tener en cuenta que muchos lo harían tan bien como uno.

- ¿Y qué tendría que ver esto con el virus?

- Observar lo que ha sucedido para llegar a donde se está, lleva consecuentemente a la vigilancia sobre uno. Si no hay tal alerta, uno termina creyendo que es especial, que el virus es la verdad misma, que uno es distinto

²⁷ Plutarco nos recuerda cómo Julio Cesar prefirió perder su primer triunfo a la vuelta de España para obtener el consulado.

“quienes deseaban que se les otorgase el triunfo debían quedarse fuera de la ciudad, y los que pedían el consulado era preciso que lo ejecutasen estando presentes en ella; viéndose, pues, en este conflicto, y estando próximos los comicios consulares, (Julio César) envió a pedir al Senado que le permitiese estando ausente mostrarse competidor del consulado por medio de sus amigos. Catón sostuvo al principio la ley contra semejante intento, y después, viendo a muchos conquistados por César, tomó el medio de destruir sus afanes con sólo el tiempo, consumiendo en hablar todo el día; pero César resolvió entonces desistir del triunfo y decidirse por el consulado”. (Plutarco “Vidas Paralelas”: Julio César, párrafo 13. Pág. 246 Ediciones Ercilla, 1940)

porque nació así.

“Fíjate en aquella señora jefa de la sección que piensa que ninguno de sus subordinados hace las cosas bien. Entonces, obliga a pasar por sus manos todos los despachos, todas las cartas, todas las adquisiciones, porque si no cualquier estúpido comete un error. No logra ver lo que para los demás es transparente: ella es la única que entorpece la labor del conjunto, a tal punto que los empleados se las arreglan para pasarla por alto a fin de que el conjunto no se vaya a pique. En vez de admirarla, dicen “pobrecita”. Eso le pasa a alguien que tiene cero vigilancia sobre sí misma.”

También me habló Laura de la forma de encarar cualquier trabajo.

- En equipo. Aunque a uno le toque hacer de jefe, cabeza visible o coordinador, se debe considerar una pieza más de ese engranaje interesante que es el grupo. Aunque sea quien toma decisiones, hay que consultar al resto, considerar lo que piensan los demás, valorar el trabajo de los otros. La opinión de la cabeza, en vez de ser una voz aplastante e inhibitoria, debiera transformarse en la inteligencia de todos.

En otra ocasión hablamos de la acción coherente:

- Hay que saber hacia donde uno va. Direccionar con la cabeza, pero además, sentir con muchas ganas aquel objetivo y moverse con decisión hacia allá. Eso es coherencia.

- Aleja los peligros del virus.

- Exacto. Sólo puede tener virus quien está dividido. El virus es un error, una falsedad o una confusión de la acción, del sentimiento y del pensamiento. Está equivocado quien se experimenta por encima de los otros porque tiene un auto caro. Quien recupera su verdad interna descubre sus motivos más profundos, aleja el virus: Uno debe tener claro un proyecto. Todo el mundo cree saber para qué hace las cosas pero no sabe. ¿Para qué quiere ser jefe? Para llenarse de prestigio, para que los demás lo miren, para sentirse especial. Es decir, para atraparse por el virus. ¿y por qué? Porque se siente poca cosa, porque sin la envidia de los demás se deprime, porque siendo florero cree rescatar algo de valor para sí mismo. Eso no es un verdadero para qué. El verdadero es más profundo y depende de una intención, de un proyecto. ¿No será la vida, por cierto, sólo una feria de vanidades?

- ¿Y entonces?

- Hay que orientarla. No se habrá empleado un millón de años para que este homo sapiens se contente con que al cruzar la puerta las secretarías tiemblen y los empleados digan: ¡Oh! Ahí viene la señora María.

“A esa orientación se le llama proyecto. Si ese proyecto está inmerso en uno mayor (como los monitos rusos uno dentro de otro), el virus de altura queda bloqueado. Mi para qué tiene que ver con el de otros, con el de muchos. La situación de preeminencia es una circunstancia al servicio del conjunto.

“Cuando uno sale del propio virus y va consiguiendo el alta, gana en capacidad de escuchar al otro. Quien tiene virus de altura se enquistaba en sí mismo y traslada su propio punto de vista al mundo, y desde ahí, rígidamente, lo observa todo. No hay capacidad de ver, tampoco puede escuchar a otros. Se forma opiniones a priori y lo que digan los demás sólo sirve para confirmar lo que ya sabe de antemano. Aplana la realidad, le quita matices, la rigidiza y le hace desaparecer la posibilidad de cambio. Pierde totalmente la capacidad de asombro.

“El piensa:

“Este dice tal cosa porque me admira. Ese otro es un estúpido que disiente. Aquel es un envidioso y tiene ganas de aserruchar el piso. Este puede servirme para mis objetivos.

”Cuando uno mejora, mira limpio al vecino, lo escucha, lo descubre y está abierto para proponerle acometer en conjunto un proyecto”.

* * *

Más de alguna vez usted ha tenido virus de altura. Es como el resfrío que admite grados de contagio. Puede partir con un estornudo y terminar en pulmonía.

Si hoy está enfermo y se da cuenta, no se preocupe demasiado porque reconocerlo es el primer paso para liberarse de él.

¡Cuidado si tiene poder sobre otros! El virus suele dañar a los cercanos, y si estos son muchos no da lo mismo que se contagie o no.

Considere que usted no es mejor que otro por su auto, su belleza o porque lo eligieron. Es sólo un eslabón de una larga cadena que nació en la noche de los tiempos y se extiende a un futuro todavía lejano. Si está en situación de preeminencia, piense más bien qué puede aportar al conjunto, cómo ayudar a otros.

EPILOGO

Mientras escribía este libro, una noche soñé.

Laura estaba en una calle donde había mucha gente. Algunos cercanos a ella recibían sus instrucciones. A un joven le indicaba con quien debía hablar y cómo hacerlo. A una mujer le comunicaba que debía conseguir madera para armar un escenario.

Ella no hacía nada, pero los demás eran sus brazos y sus manos.

- ¿Cómo? me pregunté en el mismo sueño. -Si ella está muerta.

“¡Ah! Hizo tanto que desarrolló un segundo cuerpo” -me contestaba.

En el semisueño antes de despertar me pregunté qué significaba aquello.

Como un rompecabezas, se formó la respuesta. Lala había dejado múltiples caminos abiertos y nosotros íbamos cumpliendo paso a paso lo que había trazado. Una tarea era el Virus de Altura, que para mi había comenzado en una conversación nocturna, ahora hace más de un año.

Nuestras acciones, pensé, no se detienen. Continúan aún después de nosotros.

Desperté.

APÉNDICE

CAPITULO CATORCE

Silo (Mario Luis Rodríguez Cobos) nació en Mendoza, Argentina, el 6 de enero de 1938. Autor de: *Humanizar la Tierra (La Mirada Interna, El Paisaje Interno, El Paisaje Humano)*; *Experiencias Guiadas*; *Contribuciones al Pensamiento* (Sicología de la Imagen, Discusiones Historiológicas); *Inconsistencias en la Fundamentación de la Lógica la Verdad*.

Del libro "*Contribuciones al Pensamiento*", en donde desarrolla las Discusiones Historiológicas, en la parte 2 del capítulo I: "La deformación de la historia inmediata", establece la reinterpretación que las personas hacen con respecto de sus vidas. Con algo de imaginación, pensemos las características que esto adquiere en el caso de quienes padecen el virus. Silo dice:

"Cualquier autobiografía, cualquier relato sobre la propia vida (que aparece como lo más indubitable, inmediato y conocido para uno mismo), sufre innegables distorsiones y alejamiento de los hechos que ocurrieron. Estamos dejando de lado toda traza de mala fe, si esto es posible, suponiendo que el mencionado relato es para uno mismo, no para el público externo. Bien podríamos apoyarnos en un "diario" personal y al releerlo constatar que: 1) los "hechos" escritos casi en el mismo momento de ocurrir fueron enfatizados en ciertos nudos significantes para aquel momento pero irrelevante para el momento actual (el autor podría ahora pensar que debería haber consignado otros aspectos y que de reescribir su "diario" lo haría de manera muy diferente); 2) que la descripción tiene carácter de reelaboración de lo ocurrido como estructuración de una perspectiva temporal diferente al actual; 3) que las valorizaciones de los hechos corresponden a una escala muy diferente a la de este momento; 4) que variados y, a veces, compulsivos fenómenos psicológicos apoyados en el pretexto del relato, han teñido fuertemente las descripciones al punto de avergonzar hoy al lector por el autor que éste fue (por la candidez, o la perspicacia forzada, o la alabanza desmedida, o la crítica injustificada, etcétera). Y así hay una quinta y sexta y séptima consideración que hacer respecto a la deformación del hecho histórico personal. ¿Qué no habrá de ocurrir entonces a la hora de describir hechos históricos (no vividos por nosotros) previamente interpretados por otros?..

"... ¿cómo es que se produce tal distancia entre el hecho y su mención?, ¿cómo es que la mención misma varía con el transcurrir?, ¿cómo es que transcurren los hechos fuera de la conciencia y qué grado de relación existe entre la temporalidad vivencial y la temporalidad del mundo sobre el que opinamos y sustentamos nuestros puntos de vista?.."

George Orwell (Erik Blair) escritor británico, nació en 1903 y murió en 1950. Autor de: "*La Calle de Wigan Pier*"; "*Homenaje a Catalul1a*", "*La Granja de los Animales*", "1984".

La novela "1984" es un caso de reinterpretación histórica referida a un pueblo entero. Las naciones también readećuan sus pasados, pero en este caso es un acomodo intencional por parte de unos pocos. La historia de la humanidad ha conocido muchos de estos casos, algunos dramáticos en este siglo.

"La alteración del pasado es necesaria por dos razones, la primera de las cuales es precautoria: los habitantes de Oceanía toleran las actuales condiciones de vida porque no tienen con qué compararlas. Hay que cortarles de raíz toda relación real con el pasado, porque es necesario que crean que el nivel de vida mejora sin cesar. Pero la razón más importante para alterar el pasado es la necesidad de salvaguardar la infalibilidad del Partido. No sólo es preciso alterar discursos, datos y estadísticas para demostrar que las predicciones del Partido no fallan nunca, sino que no puede admitirse bajo ningún punto de vista que la doctrina del Partido haya cambiado en la más mínimo, porque cualquier variación en ese sentido es una muestra de debilidad. Si, por ejemplo, Eurasia es el enemigo de hoy, es necesario que haya sido el enemigo de siempre. y si los hechos dicen otra cosa, hay que cambiar los hechos. De este modo, la Historia es reescrita continuamente. Esta falsificación diaria del pasado, que está a cargo del Ministro de la Verdad, es tan necesaria para la estabilidad del régimen como la represión y el espionaje realizado por el Ministerio del Amor.

"La mutabilidad del pasado es el eje de Ingsoc. Los hechos pretéritos no existen realmente, dice el Partido. Sólo sobreviven en documentos y en la memoria de los hombres. El pasado es la que dicen esos documentos y la que recuerdan esas memorias. Pero como el Partido controla los archivos escritos y también la mente de sus miembros, el pasado será como el Partido quiera". (1984, George Orwell, Ediciones Cerro Huelén, págs. 160,161).

"Según el partido, Oceanía nunca fue aliada de Eurasia: El, Winston Smith, sabía que Oceanía sí había sido

aliada de Eurasia hacía sólo cuatro años atrás. ¿Pero dónde estaba eso? Sólo en su conciencia que también sería aniquilada pronto. Y si todos aceptaban la mentira impuesta por el Partido, si todos los registros contaban el mismo cuento, entonces la mentira entraba en la historia convertida en verdad. "Quien controla el pasado," decía el Partido, "controla el futuro; quien controla el presente, controla el pasado. Y sin embargo el pasado, a pesar de su naturaleza alterable, nunca había sido alterado. Lo que era verdad ahora, era verdad desde siempre y para siempre. Era simple. Todo lo que requería era una serie interminable de triunfos sobre tu propia memoria. Control de la realidad se llamaba, en neolengua, doblepensar." (op. cit. pág.33).

CAPITULO DIECISEIS

Nicolae Ceausescu nació el 26 de Enero de 1918 en Bucarest. El menor de tres hermanos, fue zapatero e ingresó a las Juventudes Comunistas. Estuvo varias veces preso y fue activo luchador contra el dictador Antonescu, hasta la liberación de Rumania por las tropas soviéticas. Ingresó al Comité Central del Partido Comunista en 1948. En 1955 fue designado integrante del buró y, a la muerte de Gheorghe Gheorghiu-Dej en 1965, fue nombrado secretario general. Después se transformó en Presidente del Consejo de Estado y Presidente de Rumania.

En 1968 criticó la invasión a Checoslovaquia, negándose a contribuir con tropas. Mantuvo relaciones diplomáticas con la República Federal de Alemania. No rompió con Israel después de la Guerra de los seis días en 1967. Por todo esto se congració con el mundo occidental, y lo visitaron los presidentes norteamericanos Richard Nixon en 1969 y Gerald Ford, en 1975.

Sin embargo, en el frente interno, el año 1977 reprimió una huelga del carbón que afectaba a 30.000 obreros, deteniendo a sus dirigentes. En 1982 hizo una fuerte purga en el gobierno, cayendo muchos dirigentes, incluido el Primer Ministro Ilie Verdet. En 1987 hubo una violenta represión por parte de las fuerzas de seguridad contra unos 10.000 manifestantes pro reformas. Los dirigentes son detenidos y luego desaparecen.

El 24 de Noviembre de 1989 se escribe la última etapa del reinado de Ceausescu. Allí es elegido para gobernar por un nuevo quinquenio. La Gimnasta Nadia Comaneci, se había vinculado estrechamente a la figura del dictador, huye y se asila en el Oeste. En la ciudad de Tamisoara el 15 de diciembre las autoridades intentan deportar al líder religioso Laszlo Toekes. Cientos de descendientes húngaros protegen la iglesia para evitar la medida. En los días siguientes, miles de personas adoptarán la misma actitud. El día 18 tropas y tanques entran en actividad. Ceausescu inicia viaje oficial a Irán. El 19 hay tiroteos en el oeste de Rumania, se habla de más de 400 opositores muertos y las patrullas militares circulan por Bucarest. El 20, 10.000 manifestantes opositores al régimen circulan libremente por Tamisoara. El descontento cunde en muchas ciudades. Después de concluida la visita Ceausescu vuelve a Rumania, sin adelantar la fecha. Se habla de 2.000 muertos. El 21 de Diciembre hay manifestaciones en Bucarest. Nicolae intenta hablar a una multitud que pide su destitución y muerte; él, sorprendido ante esta reacción, huye. El 25 de Diciembre el ex gobernante y su señora son ejecutados, luego de un juicio grabado en cinta de video tape.

CAPITULO VEINTE

Olegario Lazo Baeza nació en 1878 y murió en 1964. Este escritor chileno, junto con Guillermo Labarca Huberston, inaugura las escenas militares en tiempos de paz. Tradicionalmente la literatura chilena había caracterizado al soldado exclusivamente en acciones de lucha. El mismo fue militar, jinete destacado a principios de siglo. Se licenció del ejército el año 1917 con el grado de capitán, debido a una lesión en un concurso ecuestre realizado en Concepción.

Después de su retiro, se dedicó con exclusividad a la carrera literaria.

Las obras más relevantes: *Cuentos Militares* (1922); *Otros Cuentos Militares* (1944); *Hombres y Caballos* (1951); *Complot* (1957).

CAPITULO VEINTIUNO

Albert Camus nació en Argelia en 1913 y murió en Sens, en un accidente el 4 de enero de 1960. En 1938 se traslada a Francia, pero previamente había hecho sus estudios universitarios en Argel. En la Segunda Guerra

Mundial trabajó en la resistencia. Autor, entre otras obras, de *"El Extranjero"*; *"El Mito de Sísifo"* (Ensayos); *"Cartas a un Amigo Alemán"*; *"La Peste"*; *"La Caída"*. Para teatro escribió: *"Calígula"*; *"Los Justos"*; *"Estado de Sitio"*. Fue cofundador y redactor del periódico *Combat*; dirigió las publicaciones de la editorial Gallimard en París. En 1957 recibió el Premio Nobel de Literatura.

CAPITULO VEINTIDÓS

Tírtamo, verdadero nombre de **Teofrasto**, nació en Ereso, en la isla de Lesbos, cercano al año 372 a. de n.e. Hijo de Menantas, cardador, probablemente acomodado. Después de estudiar con Leucipo, viajó a Atenas ingresando en la Academia. Seguramente allí comenzó su cercanía con Aristóteles. Cuando murió Platón y Espeusipo quedó a cargo de la Academia, Aristóteles se dirigió a Asia Menor donde residió en Aso y Mitilene. Teofrasto también visitó esos lugares y es posible que hayan viajado juntos, dado el conocimiento que tenía del lugar. En todo caso, cuando Aristóteles se trasladó a Macedonia, Teofrasto lo acompañó.

El año 335 volvieron a Atenas. Según señala Elisa Ruiz: "A su regreso, el autor de la *Poética* comienza a impartir sus enseñanzas en un gimnasio situado al oeste de la ciudad, llamado Liceo por encontrarse en las inmediaciones de un santuario en honor a Apolo Licio." (Op.cit.Pág.10).

El término Teofrasto (expositor divino) fue dado a Tírtamo por Aristóteles, debido a su atractiva expresión. Primero lo llamó Eufrasto (buen expositor).

Cuando Aristóteles se retiró a Calcis dejó el Liceo¹ el lugar más prestigioso de la intelectualidad ateniense, lo dejó a cargo de Teofrasto. Además le heredó la biblioteca y lo nombró tutor de su hijo. Bajo su dirección, el Liceo llegó a tener 2.000 alumnos.

"La figura de Teofrasto quedó eclipsada temporalmente ante la opinión pública, a causa del deslumbramiento que producía el talento de su predecesor. En la actualidad se tiende a reconocer sus indiscutibles méritos y su acusada personalidad, al igual que hicieron sus coetáneos". (Op. cit. pág. 11).

Interesante este Teofrasto que vivió cerca de 100 años "...y murió deplorando la brevedad de la existencia, que le condenaba a desaparecer en el justo momento en que empezaba a conocer algunas cosas". (Op.cit.pág.12).

CAPITULO VEINTITRÉS

Blas Pascal nace el 19 de junio de 1623 en Clermont Ferrand. Muere el 19 de agosto de 1662 en París. Autor de *"Ensayo Sobre las Cónicas"*; *"Nuevos Experimentos Sobre el Vacío"*; *"Tratado de la Generatio Conisectorum"* (hoy perdido); *"Relato de la Gran Experiencia del Equilibrio de los Líquidos"*; *"Tratado del Triángulo Aritmético"*; *"Memorial"*; *"Compendio de la Vida de Jesús"*; *"Cartas Provinciales"* (que son objetadas por la Congregación del Índice); *"Pensamientos"*; *"Elementos de Geometría"*; *"Arte de Persuadir"*; *"Carta de Dettonville a Huygens"*.

Además de pensador y excelente hombre de letras, Pascal fue un destacado matemático y físico. A los dieciséis años desarrolla en un tratado sobre secciones cónicas, el teorema conocido como "Teorema Pascaliano" (hexágono místico o sexángulo en sección cónica). Sentó las bases del cálculo de probabilidades. En sus diversas explicaciones de los cicloides (el movimiento de un punto fijado en la periferia de una rueda en movimiento) se acercó al cálculo con unidades infinitamente pequeñas (cálculo infinitesimal). Inventa la primera contadora matemática (antecesora de las calculadoras). Lleva a buen término los ensayos de Torricelli. Desarrolla los trabajos acerca del vacío. Formula la teoría del equilibrio hidrostático. Inventa la prensa hidráulica.

¹ Según Storig: "Después de dirigir su escuela durante casi doce años, Aristóteles se vio en apuro políticos, pues mientras por un lado se habían enfriado sus relaciones con Alejandro, por el otro lado era violentamente atacado en Atenas por ser amigo de Alejandro y de la política macedónica, por lo cual Atenas había perdido su libertad. A raíz de la repentina muerte de Alejandro, se descargó en Atenas el odio contra el "partido macedonio" en un brusco estallido. Aristóteles, como antaño Sócrates, fue acusado de impiedad, pero escapó a la amenaza de la sentencia de muerte por medio de la fuga, para, según deoá, no darles a los atenienses la oportunidad de pecar por segunda vez contra la filosofía. Al año siguiente 332 a. de n.e. murió solitario en el exilio. No es ninguna novedad que un Estado mande la destierro a sus mejores cabezas." (Hans Joaélum Storig. Historia Universal de la Filosofía. Editorial Ercilla, 1961. Pág. 146).

Pascal se comporta como un estudioso de la psicología. Es un predecesor al poner al yo como centro de la propia existencia. Su religión está basada principalmente en sus registros, su deber ser (fuertemente moralista) iba hacia la crítica de como se tomaba la existencia. Desde este punto de vista se ha pensado en él como un precursor del existencialismo. Se declaraba en oposición a Descartes que había construido su sistema a partir exclusivamente de la razón.

En lo que podríamos llamar las raíces del olvido de sí mismo, reseñadas en el capítulo XXI de sus "Pensamientos", Pascal dice:

"El alma es arrojada al cuerpo para residir en él durante poco tiempo. Ella sabe que esto no es más que un tránsito para el viaje eterno. Del poco tiempo aún las necesidades de la vida le toman una buena parte. Le queda poquísimos de qué disponer. Pero este poquísimos que le queda le incómoda tanto y le embaraza tan extrañamente, que aquella no piensa sino en perderlo. Es para ella una pena insoportable estar obligada a vivir a solas y pensar en sí misma. Así lo que procura es olvidarse de sí, y dejar volar ese tiempo tan corto y tan precioso sin reflexionar, ocupándose en cosas que le impidan pensar en su fin.

"Este es el origen de todas las ocupaciones tumultuarias de los hombres, y de todo aquello que se llama diversión o pasatiempo, porque el objeto de estas cosas es, en efecto, pasar el tiempo sin sentirlo, o mejor, sin sentirse uno mismo, y evitar, perdiendo una parte de la vida, la amargura y disgusto interior que acompañarían necesariamente la atención que uno consagraría sí mismo durante este tiempo. El alma no encuentra nada en sí misma que la contente; no ve nada que no le aflija cuando piensa en ella. Lo que le obliga a esparcirse en lo exterior, buscando, por su aplicación a las cosas exteriores, la manera de perder el recuerdo de su estado verdadero. Su gozo consiste en el olvido, y basta, para hacerle desdichada, obligarle a estar a solas consigo misma." (Op.Cit.pág. 294).

Posteriormente, plantea:

"La sola cosa que nos consuela de nuestras miserias es la diversión, y, sin embargo, ésta es la mayor de nuestras miserias."

"Porque es ella principalmente la que nos impide pensar en nosotros. Sin ella caeríamos en el fastidio, y este fastidio nos conduciría a buscar el medio más sólido para salir de él. Pero la diversión nos distrae, y nos hace llegar insensiblemente a la muerte."

